PROMETEO
REVISTA SOCIAL Y LITERARIA
DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

AÑO II. | Madrid, Agosto de 1909. | NÚM. X

BEATRIZ

(Evocación mística en un acto.)

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

A María del Rosario Catalina.

MARÍA DEL ROSARIO: Para tí que te quejas de no poder leerme, he hecho esta evocación mística é ingenua. Como te he afrecido madreselvas, azucenas silvestres y libélulas, en los campos, otras veces, con ese ademán desapercibido y humilde de quien no da nada y no pide más que se prendan sobre el seno, te ofrezco ahora estas sencillas melancolías que te prenderás también, esta vez en el corazón.

NOTA.—Todo es inédito, figuras, parábolas y oraciones. Prescindiendo de los nombres geográficos y de los de Yo'Kanaán y la familia Real. Nada es histórico, pero bien visto lo es todo, pues ya dijo Napoleón que la historia es una fábula convenida.

© Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

Tengo una vara de nardo en mi *búcaro* entallado y gallardo de bohemia. Embriaga, ciega, asordece...

Me reduce á mi interior—á lo más subterraneo de mi interior—y me lo angeliza, y lo engolosina, y lo enguirnalda...

¡Qué luz es esta!... ¡Cuánta!... ¡Y esta maravilla tan lene, tan suave y tan musicalina!...

El nardo tieñe un perfume de esos que también saben, de esos en los que se paladea una indeterminada afrodisia, y tiene un dilatado espacio fecundo en visiones y en cosas...

El nardo me ha sugerido una pregunta un poco audaz, con audacia á la que disculpan un tanto las interrogaciones adjuntas: ¿Entró el arcángel San Gabriel en el oratorio de Nuestra Señora la Virgen María ó fué el nardo que los primitivos pintan á su vera, sumiso y en alabanza, quien lo anunció todo y arcangelizó la hora?...

Este nardo mio tiene catorce flores, blancas, amarfiladas... Es muy alto...

Cuando lo sumergí en el *búcaro*, recién lleno de agua cristalina, tenía sólo tres flores abiertas, coritas con discrección, porque el nardo es casto y siempre con un pudor virginal encubre sus reconditeces...

Dos días y medio, sin brusquedad, silencioso, lento, sin dejar ver sus movimientos, como quien no hace

© Biblioteca Nacional de España

nada, pero delatando una fuerza íntima, intelectual y diligente, tardó en abrir sus once capullos restantes...

Cuando resplandeciente y afiligranado, hecho una bendición, llegó á su apoteosis, después de haberle cortado el tallo tres veces y haberle renovado otras muchas el agua, cuando todo *maestoso*, en pleno *si bemol* de fragancia se dió entero, terminé precisamente esta evocación santa. Después, cumplido ya su destino, comenzó todo trémulo á extenuarse...

Es indudable, pues, que de él procede la confidencia, y que él fué el medianero de la Gracia.

¡Oh! ¡El buen nardo!... ¡Mi vara de nardo de las catorce flores!...

Porque no puede ser de otro modo, que yo que he escrito *Salomé*, *La Utopia*, *La Hetaira y el Ciego*, *Madame Bovary*, *Salambó*, *Afrodita*, *Mademoiselle Maupin*, *La Hermética*, *Claudina*, *El lirio rojo*, *El primo Basilio*, y tantos otros libros profanos alrededor de mujeres excesivas y perversas, haya podido escribir BEATRIZ, esta pureza lauda, con aires de trisagio, que sería bueno «representar después de *Salomé*»...

¿Después de *Salomé*?

Me imagino el fracaso.

El escenario que necesitaria aniñarse para el caso, no viene á la figura menuda y abnegada de Beatriz... A la primera actriz, exuberante y de una belleza demasiado *teatral* para que encaje en este papel delicado; á la *diva* que llevó gente á las butacas y á las plateas para verla hacer *Salomé*, medio desnuda, con dos pezoneras incrustadas de pedrería sobre los pechos desnudos, y una faldilla de abalorios sobre las caderas hasta los hijares, en el papel de Beatriz no se la vé (¡) dada la obscuridad de la catacumba y la cerrazón de las ropas talares... El olor acre, formidable, olor á

© Biblioteca Nacional de España

sexo, de que está llena la escena, agría el delicado perfume de Beatriz... Y en el oido las frases cálidas, recias, pasionales de Salomé, queriendo como mujer y como amante á Yo'Kanaán (San Juan Bautista), no dejan oir el hilo que se devana sin ruido del llanto de Beatriz y la voz sutil, recia en otro sentido, que se aqueja toda, ante la cabeza que ha desgarrado *Salomé* y que ha manoseado también, antes, leonina y cruenta.

Y no obstante todo esto prefiero este fracaso de *Beatriz* al triunfo de mi *Salomé*,—sin que esto sea repudiarlo—porque es más perdurable lo que hay de maternal en lo humano que lo que hay de sexual. No excluyó, sin embargo, ninguno de los dos agentes, ya que admito la esposa—maternal y apasionada—y esa amante que puesta en un caso como el de *Salomé*, sinómino al de aquellas dos mujeres ante el niño que manda degollar Salomón, pide con expontaneidad que se aleje el amante y consiente en perderle para su regazo antes que verle morir...

¡Oh BEATRIZ!...

¡Oh buen NARDO místico!... ¡Mi vara de NARDO de las catorce flores!...

¡Salve!... ¡Deo gracias!...

© Biblioteca Nacional de España

PERSONAJES

Beatriz.—Leví, el venerable.—María, la neófita.—Dor, el ingenuo.—Noar, el leproso.—Agar, hermana menor de Beatriz.—La cabeza muda, maltrecha, piltrafosa, y lívida de Yo'Kanaán (San Juan Bautista).—Sombras indistintas.

(Beatriz, es joven y es bella, con una belleza de sagrario, de baptisterio, invisible en las fiestas profanas y en la calle...

Beatriz tiene unos ojos infinitos, y unas suaves ojeras sobre una palidez nívea y trágica de hambrienta... Es rubia pero desapercibe la riqueza aurífera de su pelo la torpe sencillez de su peinado... Un peinado alisado y prieto, que es un escondrijo... Se nota en sus ojos blandos un piélago, movible y fantasioso y el fragor que la consume y la ahila por momentos... Espera degustando la *menta* de sus esperanzas el día de las vendimias allá en el cielo... Viste con pobreza, pues es hija de unos mercaderes de los arrabales que la maltratan y la hacen ir con las banastas atestadas gritando la mercancía... Puede con ella ese trabajo... Sus padres no lo comprenden y se enfurecen porque no se la oye. ¡Pero es que no puede más! ...Todo en ella es infantil, impuber—siendo ya una mujer.—Sus facciones no tienen apenas relieve, sus ojos no se han rasgado aún, su voz es tímida, escondida, musita solo, y su boca es aún nueva, niña, limpia de durezas y resabios... En un minuto bíblico la sorprendió Julio-Antonio célebre artista de su época... Suponed el halo de su aureola, de una luz vivísima imposible de interpretar... ¡Nada de purpurina! ¡Nada de pan de oro!...

© Biblioteca Nacional de España

¡Era ya imposible su rubiez dotada de un *resol* irresistible!... ¡Cuánto más no lo iba á ser su aureola!...

Así es ella tal como el retrato. Por eso conservaré este original como se conserva lo efigie de Dios recogida por la Verónica en el blanco lino...

La lepra, complicada con la viruela, la destruyó después. Perdió los ojos y sufrió la vida peregrina de los apestados. Así se invalidó. ¡Se invalidó! Ha sido repentino y pecador el epíteto. Así se *divinizó*. Eso la hizo inmensa. Perdió la cabeza—ó fué como si la perdiera—pero la nacieron las alas, conservado en sus vestigios de *Victoria*, la belleza suficiente, de esa manera plena de indicios conque la *Victoria de Samotracia*, también alada, sin cabeza, sin brazos y toda desportillada, se muestra á los siglos imperecedera, ideal y *victoriosa*...)

© Biblioteca Nacional de España

ACTO ÚNICO

Como si no hubiera decorado... Sólo se columbra que la escena está dividida en dos compartimentos: el de la izquierda insignificante y negro. En él está Noar el leproso, que se queja por intérvalos... La cripta sombria y desolada se alarga en la sombra, se abisma... ¡Hasta dónde!...—Una lucerna de barro, luce en su punta, mortecina y guiñosa... El silencio que es imperturbable y solemne añade sordidez y sordera al espacio, lo embrea y lo adensa más... Una penetrante emanación de humedad traspasa la carne y enfría la nuca... Sobre una repisa de piedra junto á la pared, á ras del suelo se adivina, gracias á algunas turbias salpicaduras de luz, una hilera ambigua de hombres y mujeres, como participantes de una tragedia incógnita.

ESCENA I

BEATRIZ, MARÍA LA NEÓFITA, DOR EL INGENUO, LEVÍ EL VENERABLE y LAS SOMBRAS

(Todo inmóvil, tácito, un buen rato. Las sombras revelan de pronto en un relámpago una inquietud. A veces se las oye suspirar desde una profundidad incalculable que hace más profunda la resonancia de la cripta...

—¡Ay, Señor!

—¡Ay!

—¡Piedad!...

—¡Salvadnos!...

—¡Yo os imploro, Señor!

—¡Loado seais!...

© Biblioteca Nacional de España

—¡Yo pequé! ¡Pequé!...

—¡Señor!...

—¡Ay!

Alguien llora sin continencia, como si tuviese más de dos ojos ó unos ojos infinitos. Es un llanto de niño que llorara una mujer. Así parece que tiene en brazos á la criaturita que llora, y sin embargo es ella misma. Es Beatriz... Todos se sinceran de este modo desvestido y casto, porque viven del olvido de los otros y de su soledad... A veces son sólo bostezos que invocan á Dios... Es la madrugada... En las sombras se esponja la conciencia y se agudiza... Todo sugiere un olor fantástico á cadáver... ¿No habrá alguien de cuerpo presente sobre un catafalco ó sencillamente sobre el enlosado?)

BEATRIZ.—(Adolorida, desnuda y desfondada en su voz.) ¿La reconquistarán, padre?... Y perdonadme. No sé ya cuantas veces os he hecho la misma pregunta.

LEVÍ, el venerable.—El Señor lo quiera.

BEATRIZ.—¡Tiene tantas puertas el palacio!... ¿Me dejáis que yo vaya á espiar?... ¡Ellos son muy pocos! No la traerán... Ya lo veréis, padre, ya lo veréis...

DOR, el ingenuo.—(Un hombre piramidal que se porta como un párvulo.) Voy yo, Beatriz. Basta que quieras.

LEVÍ, el venerable.—Quédate, hija... Reposa... Procura dormir...Te está permitido...No será negligencia... Tu desmayo te ha postrado... Y el golpe en la cabeza...

MARIA, la neófita.—Nos asustaste.

DOR, el ingenuo.—(Haciendo una alusión á su lealtad y á su musculatura.) No pude prevenir tu caída... Sino... ¿Padre me dejáis ir?... Beatriz está inquieta.

LEVÍ, el venerable.—Se alarmaría la guardia... No vayas.

BEATRIZ.—¡Es horroroso! De pronto... ¡Así!...

MARIA, la neófita.—(Inefablemente.) ¡Pero ya ríe en el cielo!... Piénsalo...

© Biblioteca Nacional de España

BEATRIZ.—Si hubieran anunciado su peligro, ó su agonía... ¡Pero su muerte consumada!... ¡Consumada!

MARIA, la neófita.—(Inefablemente.) ¡Piensa en su ascensión!...

DOR, el ingenuo.—(Balbuceante, persuasivo, como quien consuela á un niño.) No desesperes Beatriz... ¡Quieres la reliquia que tanto te gusta... Es mi único tesoro pero te la doy... Anda... He llorado más de lo que sabía llorar porque tú llorabas... Lloras un Jordán... Debían bautizar con lágrimas como las tuyas. (Ingenuamente excéptico.) Porque el agua corriente... el agua corriente... el agua vulgar... (Se interrumpe.) Beatriz... ¿Dí? ¿Quieres mi reliquia?... Está bendita y tiene sus virtudes..: Si no te la daba era para que me tuvieras algo que pedir... Sin ella ya no te fijarás en mí... Pero de todos modos tómala...

BEATRIZ.—(Dulcemente incomodada.) Calla... (Se siente toda la desolación de los congregados.)

UNA SOMBRA INDIGNADA.—¡Herodes Antipas!... (Resuena la ira en las sombras y alguien repite:)—¡Herodes!

LEVÍ, el venerable.—Mansedumbre... (Pausa.)

BEATRIZ.—¡Quién lo diría!... Le logré ver en Macherunte y á través de su reja me gritó que volvería entre nosotros... ¡Volvería!... ¡Padrino!

MARIA, la neófita.—¡Piensa en que se libertó!

BEATRIZ.—No puedo, no puedo... Tengo en los ojos unas manchas rojas como las que quedan de mirar fijamente el Sol... Se posan sobre todo lo que miro y aún si cierro los ojos persisten... No puedo levantar el pensamiento de la tierra... Le veo caído, descabezado... Y enloquezco viendo que place su cabeza sobre una bandeja... ¡Estando muerta! ¡Sin habla, sin vista, sin pensamiento!... ¡Tan indefensa!... ¡Tan apiadable!

UNA SOMBRA, acogotada en un rincón, tartamuda por el miedo.—¡Así me lo han contado! (Pausa.)

© Biblioteca Nacional de España

BEATRIZ.—(Llena de abnegación.) ¡Hago voto ante el Señor, de cortarme los cabellos si te traen!

DOR, el ingénuo.—(Horrorizado.) ¡Oh! ¡Tus cabellos!... Beatriz. Deja. En vez de ellos, ofrece como ex-voto mi reliquia... ¡Pero tus cabellos!...

BEATRIZ.— ¡Hago voto de cortármelos de raiz, Señor!... (Es todo un nuevo drama central, que monta la corriente del drama, padre, que lo eclipsa un momento y marcha sobre él á la deriva—y marchará sobrenadando todo el drama hasta el éxodo y más allá del éxodo como en palankín—el de la condenación de sus admirables cabellos rubios. La fe y la renunciación con que ha pronunciado el voto, ha sonado á irreparable, y ha adelantado la escena de su pérdida. Ha dado la sensación de habérselos cortado. Como ha tenido que despeinárselos, han cundido sobrenaturalmente, insuperables. Han recobrado esa gracia repentina que lucen las fuentes taponadas, el dia de su apertura. Se les ha visto caer en grandes matas irreparables, reverberando en la caida, una caida angustiosa, con cien gestos. Porque ha habido cabellos que han caido en trenzas, otros que al caer se han anillado, ó que esfumándose han hecho esas aguas, esos bajo-relieves de plisado natural. Muertos, al caer y caidos han reconquistado su belleza rizosa y su esponjonsidad, que evitaba antes de eso la tirantez del moño vulgar y pusilánime. Se han descubierto en toda su extensión y toda su densidad. ¡La hermosa guirnalda de la virgen ha conseguido al morir su apoteósis... Todo eso se ha visto y no se ha visto, hollado é inválido... ¡Drama entre paréntesis! ¡Gran pena!)

DOR, el ingénuo.—(Renaudando su lamentación.) ¡Tus cabellos!... (Un poco doblegado.) ¡Pero al menos ¿me los dejarás coger?...

BEATRIZ.—(Lejana á todo.) ¡Tan bueno! ¡Tan bueno! bautizaba á todos paternalmente, como dotándoles,

© Biblioteca Nacional de España

como vistiéndoles de púrpura... Decía fascinado:—¡Cómo les enriquezco!... Le parecía haberles concedido un reino y un tesoro ímprobo...

LEVÍ, el venerable.—Y en verdad se los concedía.

UNA SOMBRA.—¡En verdad!...

UNA SOMBRA senil.—Yo llegué á conocer á Beatriz, su madre... ¡Si ella viera esto!...

UNA SOMBRA amenazante.—¡Ah, Herodes Antipas!... ¡Herodes!...

UNA SOMBRA exaltada.—¡Herodes!

OTRA sombra prendida de cólera por las demás.—¡Salomé! ¡Salomé!

OTRA.—¡Herodías!... ¡Herodías!

OTRA.—¡Familia incestuosa y pecadora! (El surtidor que mana lágrimas en silencio, sigue borboteando. Llanto de niña que llora una mujer. Pausa.)

UNA SOMBRA.—El último día que vino hasta aquí trajo á Noar el leproso... Le habló de Dios y le bautizó... Después le asignó el rincón de al lado... ¡Nadie hasta él se había atrevido á recoger á un leproso!...

OTRA.— ¡Tenía manchas de viruela!

DOR, el ingénuo.—¡Y la tiene!...

OTRA sombra.—¡Qué hermosa fué esa acogida!... La fortuna que concedía á todos nunca se había hecho tan valiosa, porque nunca agració á un miserable tan mísero... ¡¡Un leproso!!

LA SOMBRA de antes.—Fué una gran lección de Santidad... Habló con tal amor de él que nos hizo olvidar el contagio...

DOR, el ingénuo.—Yo no presentía que un leproso fuera un hombre... ¡Mis padres, gentiles, me enseñaron á huirles como al estigma... Como todo Jerusalén les huye... Además estoy acostumbrado á verles pasar cumpliendo las órdenes del Tetrarca, voceando su mal al paso por la ciudad para que se aparten las gentes... Yo no había podido pensar que fueran personas como

© Biblioteca Nacional de España

nosotros porque entonces hubiera tenido que dudar lo fueran las gentes faltas de bondad que los dejan ir á morirse al descampado sin auxilio alguno... ¡Qué se yo!... Yo creía que eran... Qué se yo...

UNA SOMBRA.—¿Se habrá muerto?... ¿Entráis alguien á verle?...

DOR, el ingenuo.—Yo le alargo á su hora una lechuga silvestre y un pan de azimo... Y tiene un cántaro con agua... Ahora ya sé que es nuestro hermano...

LEVÍ, el venerable.—¡Fué una lección de bondad que sobrepasó mi experiencia!... ¡Un apestado!... Nunca ví que se les alargara una mano; á lo más he visto tirarles á distancia las sobras... Les he visto pasar corriendo siempre por la ciudad... He visto muchas veces maltratarlos como á los perros... Y conozco la orden gravada en la puerta de Damasco y en la de Betlehen que les prohibe entrar en la ciudad...

BEATRIZ.—¡Yo'Kanaán! ¡Yo'Kanaán! ¡Hago voto ante el Señor, de andar sin sandalias, si te traen!

DOR, el ingénuo.—(Crispándose, todo sobresaltado.) ¡Descalza! ¡Pobres pies! No, no... (Se amansa, se detiene y dice para sí)... Pero yo alfombraré su camino... ¡Si no pobres pies!... Se desgarrarían... (Pausa. La escena está inundada. En el silencio vuelven á surgir las exclamaciones constantes:)

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Misericordia!

. . . . . .

(Una voz que es como un puño crispado):—¡Herodes! (Repentinamente, se escuchan sutiles pasos en el fondo... Todos se ponen en pie, inquietos, ávidos... Se presiente algo formidable y crudo... Beatriz que estaba de hinojos, se levanta y vuela como un ténue vilano, hacia *allá*... Llegan á la escena sus gritos):—¡Dádmele! ¡Dádmele!... (Horrorizada desde el allende sin pun-

© Biblioteca Nacional de España

tuación de las sombras) ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Yo'Kanaán! ¡Yo'Kanaán!

UNA SOMBRA Á OTRA.—¡¿Lo traerán?!... ¡¿Lo traerán?!...

MARIA, la neófita á Dor, el ingenuo.—(Toda cerrada de pronto como una pasionaria.) ¡Yo nunca he visto sangre, hermano!... ¿Sangrará mucho?... Protégeme, Dor...

DOR, el ingenuo.—Estaré á tu lado... A mí que he visto en las batallas todos los horrores, me conmueve esto por ella... Le quiere demasiado... No la han debido dejar frente á frente con tan gran violencia... Va ha sucederla algo...

ESCENA II

LOS MISMOS, DOS SOMBRAS MÁS y LA CABEZA DE YO'KANAÁN

(Se produce un murmullo macabro entre los fieles. Beatriz solemne, fantástica, soporta la cabeza de Yo' Kanaán.)

UNA SOMBRA.—¡Bendito sea Dios!

OTRA.—¡Alabado sea!...

BEATRIZ.—¡Avivad la lucerna!

(Dor, el ingenuo, cumple la orden. La luz apenas revive, pero Dor la desenclava y la trae junto á Beatriz. La ilumina. Tiene las cuencas azules de llorar, los ojos anublados—con un resplandor lunar lleno de saúdade bajo la bruma—; la cara enflaquecida por el dolor, la túnica blanca ensangrentada, y en las manos cándidas y afiladas, sobre el regazo, en una angarilla de esparto, la cabeza de Yo'Kanaán. En su actitud inverosímil, parece más alta, más esbelta, como si la situación la hubiera calzado el coturno. La cabeza del maestro, pesada y hermética, tiene la hermosura ruda, guerrera

© Biblioteca Nacional de España

y varonil del árabe. Una hermosura que ha exaltado la muerte, dotándola de severidad, de suscitaciones y de interés. Sigue siendo indómita. Sus luengas barbas, anilladas y endrinas, cortadas á escuadra, esconden la herida del degüello. Sus cejas enarcadas en alto, y su frente desplegada como queriendo ascender más allá de lo posible, en un gesto de volador, le dan un aspecto de visionario, que trasparenta en el fondo un gesto candoroso de niño mayor.)

BEATRIZ.—¡Pobre maestro!... ¡Mi santo padrino!... ¡Ya has vuelto!... ¡Pero como!... ¡Si el Señor me permitiera precederte!... (Llora como desgarrada por una herida tan amplia y tan mortal como la del ancho cuello del maestro.)

LEVÍ, el venerable.—Beatriz, reposa... El Señor ha enseñado la continencia en las desgracias...

MARIA, la neófita.—Ved que era su predilecta... Le seguía á todas partes... Hasta Kunt llegó á ir con él...

BEATRIZ.—¡Pero esta vez se ha ido solo!... ¡Solo!...

MARIA, la neófita.—Pero te espera allí... Será tu intercesor...

BEATRIZ.—¡Es él!... Yo esperaba que hubiese perdido el parecido... Esperaba no conocerle del todo... ¡Pero es él!... Sereno, con su mansa bondad de siempre... ¡Es él! ¡Pero sólo su cabeza!... ¡Era tan importante como su cabeza, su corazón!

UNA SOMBRA.—(Compasiva y maternal.) ¡Era como su hija!...

OTRA.—Sus hijos lo éramos todos... Porque ninguno, ni Leví, llegaba á ser su hermano...

OTRA.—¡Alzaba mucho sobre todos!

OTRA.—Parecía llevar sobre su cabeza el triángulo con la sabia pupila providencial...

LA SOMBRA DE ANTES.—Tenía que ser un gran ejemplo para todos. ¿Quién sabe si el Señor le habrá concedido esa misión?...

© Biblioteca Nacional de España

BEATRIZ.—¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!... Mirad... Esta aquí, tiene su cara cuotidiana y ya no habla... ¿No será esto un simulacro?... ¿No será una cabeza de barro que se le parece?... Entiende alguien el misterio... ¿No es un simulacro?... ¡Un milagro, Señor! Dejadle que me hable, que accionen en el espacio las manos que lo bendecían todo... Bendecía los campos para abonarlos, bendecía á la embarazada para asegurarla un buen alumbramiento... Bendecía las pequeñas banastas de los mercaderes para asegurar su venta... Bendecía á los rebaños para que no les atacara la enagra... Que hable, Señor, que vuelva á decirme todas las cosas alucinantes y seguras con que me abría el paraíso... Señor, si no, torpe como soy, no sabré ser tuya... (Solloza. Pausa. Todas las sombras se han arrodillado alrededor del hampo de luz en que sufre Beatriz con la cabeza en el regazo.) ¡Señor!... ¡No sé si se han cegado sus ojos ó los míos!... ¡Son los míos, los míos, porque él verá del otro lado la otra vida y yo no veo nada!... Señor... Señor... ¡Qué me he llenado de ignorancia y ceguera! ¡Señor!... (Todos meditan replegados sobre sí. Silencio. Y en el silencio una pantomima. Beatriz se desclava de los cabellos la larga aguja que los prende y hace ademán de clavársela. Dor sorprende el gesto y detiene la mano con un esfuerzo que sin querer ser brusco, lo es.)

DOR, el ingenuo.—¿Qué ibas á hacer?

BEATRIZ.—(Despertando resentida.) ¡Ah!...

DOR, el ingenuo.—¿Te he hecho daño?... ¿Qué ibas á hacer?

BEATRIZ.—Ver si soñaba. (Viendo el gesto horrorizado de Dor, sonriendo.) Sólo iba á punzarme.

LEVÍ, el venerable.—Resignate, pequeña... Lo ha querido Dios... Acata sus designios... Vela su espíritu sobre el sueño de sus párpados...

BEATRIZ.—¡Señor! ¡Señor!... No encuentro mi alma

© Biblioteca Nacional de España

ni mi virtud... Haced el milagro de resucitarle... Dejad que comience como todos los días «Ahijada Beatriz, á quien no pierde de vista nuestro Señor...» Sin yo saberlo hasta ahora que falta, noto que había aprendido á creer por él, en vez de por mí... ¡Señor, soy huérfana y parece que no tengo creencias. No las encuentro!... Sin el fallo de su gracia me creeré en pecado mortal siempre... ¡Señor, creeré que te has olvidado de tu pequeña!

DOR, el ingénuo á una sombra.—¡Cuánta bondad! ¡Lástima que esto esté tan obscuro!

LA SOMBRA.—Cuidado con lo que deseas, reportate, que me parece como si hubieras pedido ver su belleza...

DOR el ingénuo.—(Asombrado.) ¡¡Sí!!...

LEVÍ, el venerable.—Hermanos Diodimo y Anteo. ¿Cómo os le encontrásteis?

UNO DE ELLOS.—Veréis, padre; veréis, hermanos... Había amanecido ya, y desconfiábamos de las puertas que no podíamos ver... Nos inquietaba el presentimiento de que le hubieran arrojado á la piscina de los ajusticiados... Los centinelas nos amenazaban y al hermano Lucio lo apresó uno de ellos... Desconfiábamos... Cuando se abrió un balcón... Una cabeza desencajada por el espanto... (Una sombra interrumpiendo:—Salomé tal vez...) Tal vez... Se asomó con violencia, miró hacia abajo y como huyendo, temorosa de lo que tenía entre manos, arrojó algo á la calle... Lo adivinamos... Aquí, el hermano, dice que resplandeció... Hay que creerlo... Era la del Precursor... Ella cerró después despavorida y nosotros huimos... Allí quedaron los otros, esperando que salgan á enterrar su cuerpo... (Pausa.)

DOR, el ingénuo, á los recién llegados, dando una importancia cervál á la noticia:—¡Ha hecho voto de cortarse los cabellos y de andar sin sandalias!

UNO DE ELLOS.—¿Quién?

© Biblioteca Nacional de España

DOR, el ingénuo.—¡Quién ha de ser: Beatriz!... (Las sombras se van escabullendo á los rincones para estar á solas con su pena, algunas que están arrodilladas se echan de bruces sobre tierra y así se eternizan.)

BEATRIZ.—(Con una ignorancia infinita.) ¡¡Cómo le amaría esa mujer!!... (Pausa.) Mirad, tiene rota la quijada del golpe... Le sangra la megilla, sangra por la boca y le sangra aún el cuello. (Rasgando su túnica.) María. Trae agua en una gamella, trae vinagre .. (Dor adelantándose va á por ello.) Entonces, ayúdame á hacer hilas... (Recogimiento. Las dos hacen hilas en silencio. Beatriz, doblada sobre la labor, absorta, en una actitud de Madrecita que prepara los cuidados para el niño—exquisitos cuidados de los que ha de provenir su salvación,—deshilacha su pedazo de túnica. Se muestra celosa y apresurada. Parece que van á ser las hilas una panacea. A veces se enreda, coge tres hilos en su premura ó coge el que no es el primero, y se la resiste el tejido, entonces se contraría y sin querer, toda impaciente, se queja. Después resignada, se detiene, hace un gracioso esfuerzo con los ojos que casi no ven, ordena los hilos con cuidado y busca hasta encontrarlo el primero. A veces el hilo de turno se rompe antes de salir cabal. Ella se desorienta, hace un alto, pero enseguida toda llena de paciencia, lentamente, busca el cabo perdido .. El hipo irresistible, aquejado y hondo—que sobre todo en las niñas—deja el llanto de pecho y de entrañas, la interrumpe y la conmueve con intermitencia... Y persiste, persiste en su labor. Lo hace con tal abnegación que parece va á resucitar la pobre cabeza deslabazada y perdida. Durante un gran rato, bajo la mirada de Dor, el ingénuo, condescendiente, apasionada y servil—teniendo oculta y en la intimidad toda la fuerza de una protección—cura en silencio Beatriz la santa cabeza destro-

© Biblioteca Nacional de España

zada y tumefacta, olvidándose un poco con esas pueriliidades, de su dolor.)

BEATRIZ.—(Que ha tropezado con la piel)... Está frío, tócale María. (Hace posar la mano á la neófita sobre la mejilla del muerto.)

MARIA, la neófita.—Una frialdad que quema... ¿Quema ó hiere?... ¿No has sentido tú eso?

BEATRIZ.—Sí. Es ofensiva... (Tapona la herida de la mejilla y hace un amplio vendaje con el linón de su cubrecabeza que recorta en tiras.)

BEATRIZ.—Nos lo agradecerá el maestro... Yo no sé por qué, hermana, me imagino que le duelen mucho y le escuecen y le laten las heridas.

MARIA, la neófita.—No me había atrevido á decirlo... Debe sufrir horriblemente aunque se nos muestre con su serenidad de siempre... Parece como si restañará su dolor orando... ¿Por qué no parece Beatriz, que ora y medita en Dios?... Si no se nota á las claras que le duelen, es porque le falta con que hacer gestos... La quietud del rostro es inmutable siempre en él... Pero si tuviera manos y pecho notaríamos más su dolor... No lo podría reprimir...

BEATRIZ.—¡Si no hubieras hablado!... Se me había llegado á olvidar que no era más que la cabeza... Ya ves... Se me niegan las manos á seguir... Me tiemblan... Ya no tengo lágrimas.

MARIA, la neófita.—Y es peor que si lloraras.

DOR, el ingenuo.— Llora. Te hará bien.

BEATRIZ, en voz baja á la neófita.—No ha expirado... Restan en su cabeza cosas infinitas... Estoy segura... Abrele los ojos.

MARIA la neófita.—¿Para qué?... ¿Y si los tiene vivos?...

BEATRIZ.—(Desconcertada...) ¿Si los tiene vivos?... (Reponiéndose.) Eso es lo que quiero saber... Quien sabe si sólo medita en Dios todo absorto...

© Biblioteca Nacional de España

MARIA, la neófita.—Entonces será una impertinencia y nos mirará quejoso...

BEATRIZ.—¿Y si le hablaras al oído?...

MARIA, la neófita.—Es lo mismo... Le interrumpiríamos...

BEATRIZ.—Sí. Mejor es no hacer nada... Por qué ¿y si tiene la mirada perdida y muerta?... ¿Y si no contesta?... Le sentiríamos más muerto que ahora sin prueba ninguna... (Sigue su cura maravillosa, que la consuela al consolar las heridas del maestro,—mejor dicho—las erosiones, porque no se ha atrevido á levantar la barba veneranda y luenga, por no ver la herida inverosímil del cuello. La ha olvidado por horror. La cabeza adquiere un aspecto más desastroso, más exangüe, más inválido con los vendajes que la cruzan.) ¿Me das tu cinta del pelo? (María se la entrega y Beatriz ata con ella la venda de la que queda un cabo suelto.) ¿Tienes un alfiler?

MARÍA, la neófita.—El de la esmeralda...

BEATRIZ.—Dámele. (Lo clava en la venda. El grupo de sombras persiste en sus oraciones. Algunos continúan con la cabeza abatida sobre la tierra y los brazos alargadas junto á la cabeza, en un gesto supremo de desolación y de lealtad... El leproso en la sombra tupida de la habitación adlatere, se queja con monotonía. A veces implora con la pronunciación enferma de una boca desdentada y escocida: ¡Yo'Kanaán! ¡Yo'Kanaán! Dor se levanta, se aventura en las sombras, se pierde y torna.)

DOR, el ingenuo.—El leproso llama al maestro.

BEATRIZ.—¡Qué violento!... Para él aún vive... Lo espera... Aún vive... Si no me lo hubieran dicho, viviría para mí... Viviría... (Vuelve á acordarse de todo, en toda la extensión nociva y trágica. Vuelve á ver la cabeza cortada, paradógica... Y llora, llora...)

DOR, el ingenuo.—(Lleno de dolor ante el dolor de

© Biblioteca Nacional de España

Beatriz.) Lo he dicho sin pensar... (Torpemente.) Quizás no era al maestro á quien llamaba... (Silencio. Pausa. Se ha turbado la paz de las curanderas.)

MARÍA, la neófita.—Te has manchado de sangre...

BEATRIZ.—(Distinguiendo las huellas extrañas y elegiacas sobre la albura de su túnica, que las hace más rojas.) ¡Serán mi reliquia!

MARÍA, la neófita.—Yo quisiera tener tu espontaneidad... Todo brota de tí virtuoso... Yo estoy resabiada aún... Yo necesito contradecirme en muchas ocasiones, necesito hacer virtuoso lo que hago... En tí brota hecho... Mis primeros impulsos son torpes... Antes cuando me pediste la cinta del pelo y el alfiler, me irrité y estuve por negártelos...

BEATRIZ.—Eres neófita aún, pero no envidies mi virtud... Ensaya la tuya... Ama al Señor... (Silencio. La recia atención de Dor, pendiente y aplicada, en espera de las palabras y los gestos de Beatriz,—atención de apologista,—aviva y repone la escena llena de figuras, meditativas, encubiertas y plegadas... Beatriz, que ha dejado á Yo'Kan sobre un sillar, le mira angustiada llena de pensamientos y entrevisiones, infinita... Y en el silencio los mismos suspiros de siempre, que se desgranan y gotean:

—¡Señor!...

—¡Señor!

—¡Acógenos!

—¡Ay!

Y todo se vuelve á encapuchar. Junto á la luz Beatriz, María y Dor. Todo está agotado menos la mirada encendida y fija de Dor, mirada de un ingenuo, sabio, sin ventaja, poblada de todas las fuerzas y de todas los allendes... El leproso se mueve arrastrándose y supura su queja aciaga, intercadente, queja de hospital...)

UNA VOZ GUERRERA.—¡Herodías! ¡Herodías!...

UNA VOZ de mujer que surge por primera vez alisa-

© Biblioteca Nacional de España

da y suave como se alisan y pulen las voces de quien ha llorado un aluvión.—¡Antipas! ¡Herodes Antipas!...

EL LEPROSO.—Yo'Kanaán... Yo'Kanaán...

BEATRIZ.—¡No hay cura!... Ahora sangra por la nariz.

DOR, el ingénuo.—Es por donde sangran todos los muertos...

BEATRIZ.—¡No hay cura!

LEVÍ, el venerable.—Pequeña, al maestro se le conforta orando.

BEATRIZ.—He orado al hacer las hilas y al vendarle, padre... (A las sombras arrinconadas.) No le véis... Acercáos, hermanos... Porque padre ¿no enseña, no *sé qué*, inolvidable y alto?.. Acercáos... Os afirmara en la fe de Dios... ¿No tiene en su falta de expresión todas las expresiones?... Tan lamentable y tan maltratado... tan indefenso... tan pobrecito ¿no tiene el poder de todas las apologías?... ¿Quién nos conducirá tan allá? (Vidente y boreal.) Derrotado enseña el triunfo...

DOR, el ingenuo.—(Aparte á una sombra cualquiera.) Ved, ha recobrado la palabra del maestro, la palabra del maestro interpretada por un sistro. (Está diciendo su mejor parábola... Ahora le escucho... Le creí perdido para siempre porque me desconcertó... ¡Pero como orienta, bien mirado, hacia Dios!... ¿No lo sentís, hermanos? Se cierne sobre nosotros todos, la concepción más espaciosa y más convincente del cielo... Aviva en mí, en todos ¿no? las mejores palabras y los mejores sentimientos... No me hubiera creído capaz... Mirádle y os llenaréis de bondad y de grandes móviles... No siento ninguna indecisión... Y es que veo su frente desarrugada, plácida, de una extensión desusada y su boca que no se ha torcido como la de los muertos y después de las violencias que le han perdido, perdona y es toda paz... Excede en este momento á la fascinación de todas sus predicaciones... Yo no imaginaba que

Beatriz.—

© Biblioteca Nacional de España

iba á tener un silencio tan inmenso, mayor que todas sus palabras... ¿Quién se desviará después de haber visto su cabeza martirizada y quieta con esta quietud amable y seráfica?... Yo ya no necesito breviario... Hermanos; ¿no parece como si nos hubiera dado Dios más de cerca que nunca las tablas de la ley?... ¿Podremos renunciar después de esta hora el decálogo y todos nuestros deberes?... ¿No estáis llenos de afecto?... Nos ha hecho sencillos, inmaculados y seguros... ¡Qué gran seguridad!...

DOR, el ingenuo.—(Aparte á la sombra de al lado.) Igual, igual al maestro... Es su heredera... No logro entender muchas cosas... Si me las explicaras...

LA SOMBRA.—Calla. Después...

BEATRIZ.—¿No nos ha trazado hermanos, una línea recta y decisiva?... ¡Cuánto no nos ha hecho adelantar!... Si miro hacia atrás, antes de esta hora de Anunciación y de desvelo me veo, tímida, ignorante y floja... ¿Padre Leví no nos ha traido la sabiduría?

LEVÍ, el venerable.—Tu lo demuestras...! Te oimos...

BEATRIZ.—No me oigan... Miremos su cabeza rota y desperdiciada... Notad que no está en él el corazón, y sin embargo notad que lo tiene en la boca bondadosa y abnegada... Notad su fisonomía que ya refleja lo que ven sus ojos cerrados... ¡Oh su visión interior!.. Miradle y diréis á coro mis cosas sin notar quien las dice primero, quien inicia y asume los solos... Después de haber visto esto y de haber estado en contacto con tan suntuosa emulación ¿quién sentirá la lujuria, la envidia, ni el odio? Este ejemplo hará fatal nuestra templanza y nuestra frugalidad...

DOR, el ingenuo.—(Volviéndose contra sí.) Soy torpe, torpe, torpe... Se me aparta...

BEATRIZ.—¿Qué niño pasará por nuestro lado sin que le aupemos para darle un beso, qué pobre sin que le consolemos?... ¿No nos prestaremos á todos los au-

© Biblioteca Nacional de España

xilios?... Su espíritu, roto lo que le contenía, se ha desparramado y lo hemos respirado para bien... Tan amplio debía ser que ¿habrá mañana en la ciudad algún gentil, algún fariseo ó algún pecador?... ¿O sólo habrá venido á velar en este rincón junto á sus discípulos?... ¡Qué grandes cosas dice!... Miremos atentos su cabeza. Y nos sugerirá más arduas cosas... El silencio va á estallar... ¿No esperáis hermanos un milagro?...

UNA SOMBRA arrepentida, desforrada en esta hora de lo *irresistible*.—¡He robado á mi amo cinco dragmas!...

OTRA.—¡He faltado á...!

BEATRIZ.—(Interrumpiendo.) Callad... No lo digáis, pensadlo todo, sólo pensarlo, y os será perdonado... En esta hora superior de contricción, tenéis facultad de confesores... ¿No; Padre Lévi? Os ha ablucionado la hora que está dotada de las mismas virtudes que la piscina de Samaria.. Ya lo véis, no habéis tenido que hacer esa larga peregrinación, que resisten muy pocos, y sin embargo como si os hubiérais bañado en su pilón y en sus aguas... (Beatriz, afectada, superabundante, besa queda, ebria, la blanda faz de María que se inclina sobre su hombro sin poder con besos tan copiosos y tan altos de significado, un poco desfallecida y abrumada, desconfiando poderlos pagar, contestándolos apenas con otros más tímidos y más menudos. Así Beatriz evoca esa figura de la madre—trágica sobre todo lo trágico—la cual, muerto el hijo que amamantaba, á solas con sus senos ubérrimos, enchidos, se atarea en vaciar de cualquier modo su miel lechosa, ya sin objeto, sin su predilección maternal... ¡Santa figura de madre dolorosa!...)

BEATRIZ.—Estamos en el mejor momento de sementera, hermanos... ¿Queréis que le recordemos?... Cada ejemplo suyo os prodigará... Recordándoles, también ayudaremos su resurrección... ¿Os acordáis? Ju-

© Biblioteca Nacional de España

gaba con los niños al kop ó á juegos más infantiles, y él barbado y solemne como era, se aniñaba y era imberbe depronto... Quiso la felicidad de todos los hombres... Pasaba hambre, pero parecía vivir en la suntuosidad... Nos recordaba que hasta en las cortesanas había una pepita de oro, un grano de Dios y nos las enseñaba á amar...—No vilipendies nunca á nadie sino por dsinterés y para alabar su modificación—nos decía...—Y nos lo decía amándonos con su mirada que cuando se fijaba en nosotros parecía ser la palma de una mano gigantesca y venerable que nos recorriera por entero en una amplia caricia... Yo que sumaba el pago que recibía en amor, creía posible verle languidecer por falta de compensación y me esforzaba y me esforzaba y... no podía... Estaba siempre triste... Lloraba todas las maldades...

MARIA, la neofita.—Cuando yo hice después de catecumena mi primera confesión con él, noté que lloraba en silencio y sin compresas... Yo le pregunté:

—¿Por qué lloráis padre?...

—¡Ah!—me contestó—¿No eras tú la que llorabas? ¿Era yo? Creí que eras tú...

Me desolé entonces... Así me enseñó contricción.

BEATRIZ.—En mi lo lloraba todo... Así me modificó... ¿Recordáis su parábola «La curación del cojo»?... «Una vez—solía decir,—Moisés vió pasar un cojo, que cojeaba balanceándose por entero pareciendo irse á caer en cada paso que daba... Moisés lloró desconsoladamente aquella cojera, y el cojo anduvo bien, sano de repente... Entonces se le acercó el cojo admirado como pidiendo la receta, asombrado de no andar mal...—¿No habéis llorado nunca vuestra cojera?—le preguntó el profeta.—No; me hice á ella...—¡Esa fué vuestra torpeza!—le respondió Moisés.—¡Ah, si la hubiéseis llorado!»

Era su parábola predilecta, queriendo decir que el llanto contrito cura todas las imperfecciones del alma.

© Biblioteca Nacional de España

MARIA, la neófita.—Hermanos, le veo acercarse á mí, y como aquel día, con fastuosidad, anunciarme un regalo... Creí que era una de esas cosas de similor que venden los armenios ambulantes... Eran unas conchas cogidas en la playa marfil en el Acre... Me las traía para que reconociera en ellas á Dios... ¡Mira—me dijo—como trabaja el Señor en el Mediterráneo!

BEATRIZ.—Acostumbraba á ver á Dios en lo más simple... A veces cazaba mariposas para ver á Dios, según decía, con solemnidad... Y una vez se hirió la mano por coger una flor cardosa en que quería ver al Señor...

DOR, el ingénuo, á una sombra.—No se cansa en sus alabanzas... ¡Lástima que no haya más luz!...

LA SOMBRA.—¿Para qué, profano?

DOR, el ingénuo.—(Ignorante en el fondo de lo que quiere.) ¡Oh! Para nada... Para ver tanta bondad... (Silencio.)

UNA VIEJA SOMBRA.—De pequeño anduvo mucho tiempo perdido de su casa, sirviendo de lazarillo á un ciego...

BEATRIZ.—Y ninguno hemos pensado en su último amor... ¿Qué no habrá sido el mayor?... Grande ha debido ser su filantropía para con ella ¡En qué gran amor ha debido envolver á Herodías y á Salomé, cuando ya las vió desahuciadas, sordas á sus gritos! ¡En qué gran amor!. (Inquieta.) Repito la alabanza pero yo no la siento... ¡No puedo! ¡No puedo!... Tampoco les odio, pero amarles no puedo... ¡Peco!... ¡Peco! Perdón, Señor. (Se echa de bruces sobre el embaldosado, cuando se escucha la entrada de alguien. Todo se suspende.)

LEVÍ, el venerable.—¿Quién va?...

UNA VOZ.— Soy yo. Agar.

BEATRIZ.—(Toda trémula, llena de miedo.) Mi her-

© Biblioteca Nacional de España

mana que me busca... Callad. Por favor que nadie diga lo que sucede. No debe saberlo (se pone en pié ocultando la cabeza de Yo'Kanaán.).

ESCENA III

LOS MISMOS y AGAR

AGAR.—(Á Beatriz.) Padre te busca por la ciudad... ¿Qué ha sucedido para que no fueras?

BEATRIZ.—(Mordiendo el pañuelo para no sollozar.) Nada.

AGAR.—(Inquieta.) Algo ha sucedido... Nada pero tiemblas... ¿Has llorado?... ¡Vas manchada!... ¿Manchada de qué? ¿De...? ¿De sangre?... Sí... ¡Herida...! (Se vuelve á las sombras.) Decídmelo... ¿Padre Leví? ¡Soy su hermana!... ¿Qué sucede?

DOR, el ingenuo.—Nada... No le han matado.

AGAR.—¿Qué has querido no decir?

BEATRIZ.—¡Dor!... (Se teme la proximidad de todo lo que no se ha visto. Porque el espectáculo de Agar al recien enterarse va ha parecer dar el espectáculo gráfico y aciago de la degollación.)

BEATRIZ.—Podéis marchar, hermana... Decid á padre...

AGAR.—(Presintiendo el secreto y esperándolo ver.) No me voy. (Silencio embarazado por lo irreparable.)

AGAR.—(Orientada de pronto.) ¿Qué ocultas? (Se hecha sobre ella y ve el desecho.) ¡Ah! (Se desarticula y cae. Llora. Ha parecido sonar un golpe de hacha y como si hubiese rodado una cabeza recien tajada... Un coro de sollozos. . Todo se recrudece y se agrava.)

BEATRIZ.—(Inaudita.) ¡No quería!... ¡Lo preví!... ¡Cómo si nos hubiera cogido de nuevas la noticia!...

© Biblioteca Nacional de España

Ha muerto de nuevo... ¡Dor, prohibe la entrada á los que lleguen!... Se renovaria el martirio... ¡Ha vuelto á morir!

UNA SOMBRA.—Yo he sentido lo mismo...

OTRA.—Todos...

AGAR.—*(Salida de madre.)* ¡Yo'Kanaán!... ¡Yo'Kanaán!

BEATRIZ.—¡Le habíamos resucitado de su resto!

LEVÍ, el venerable.—¡Es verdad!. Parecía haber resucitado.

AGAR.—¡Señor! ¡Señor!

BEATRIZ.—(Recayendo) ¡Ha muerto! ¡Es irreparable... irreparable! (Vuelve la sobreguez.)

LA VOZ GUERRERA.—Herodes, Arelas el caudillo enemigo derrotara tus ejércitos! (Las sombras se irritan.)

UNA SOMBRA.—El Dios del Sinaí, surgirá en los vientos, envenenará las aguas y desencadenará la tempestad ¡Teme su castigo!

OTRA.—(Con un tono de música llana.) Teme el día de cólera y de venganza en que el mundo será reducido á cenizas según el oráculo de David y las predicciones de la Sybila... ¡Témelo!

OTRA.—¡No olvides que ha sido tu cautivo y después tu víctima Yo'Kanaán! ¡No olvides todos tus pecados, tus incestos!...

BEATRIZ.—¡Bondad!... ¡Bondad, más que nada!

LEVÍ, el venerable.—Paz, hermanos... Ya que no hemos podido signar sus manos y sus pies como se hace con los difuntos... Le debemos la velación que á todos. Yo recitaré la oración de los muertos. (Leví, junto á la luz va leyendo, con un tono lamentable. Se nota que algo espectral preside la ceremonia. Se nota el tránsito de algo indefinible. No hay túmulo ni cirios y sin embargo en su sencillez la ceremonia es más augusta y terrible. Falta el cuerpo del santo, y sin embargo no

© Biblioteca Nacional de España

falta. El coro de sombras repite la primera parte, frase á frase.)

—A tí, ¡oh Dios! alabamos.

—A tí, eterno padre, adora toda la tierra.

—A tí todos los ángeles, á tí los cielos y todas las potestades.

—A tí los querubines y los serafines proclaman Santo, Santo, Santo.

—A tí, Señor, de los ejércitos gloria.

—A tí el glorioso coro de los apóstoles.

—A tí la venerable multitud de los profetas.

—A tí el generoso ejército de los mártires.

—Y al final después de los elementos y las cosas y los esclavos, nosotros.

(Leví, sólo, haciendo puntos apartes en toda ocasión.) Dios verdadero, Señor de todos, después de invocarte ante el misterio de la muerte á tí Dios de paciencia, consolación y esperanza, pedimos por el alma de tu siervo...

—Dios que estás con los hombres en la hora atribulada escuchamos...

—Yo enseñaré á los inícuos tus caminos, haré por tí oblaciones y holocaustos y anunciaré que como la de la aurora está preparada tu salida; pero escuchame:

—Ante el sacrificio vespertino de su vida rogamos señor, que concedáis la remisión de todos sus pecados á vuestro siervo...

—Dejad Señor que engrose el coro de los que os alaban.

—No lo rehuséis, Señor. (Dor, el ingenuo aparte mientras á Agar, dando una importancia inaudita á la confidencia:—¡Tu hermana, ha hecho voto de cortarse los cabellos! ¡Los cabellos!... y de andar descalza... ¡¡Sus cabellos!! ¡¡Sus pobres pies!!)

—Dádle, Señor, el reposo eterno...

—Señor, que la luz eterna le esclarezca.

© Biblioteca Nacional de España

—Tened piedad de él, Señor, según vuestra gran misericordia...

—Escuchadnos Señor. Dice la escritura, que estáis muy cerca del corazón afligido. Oidnos pues, ¡rogad á la vez por nosotros! Salvádnos de una muerte repentina, de los hechos sanguinarios...

—Nuestra lengua ensalzará tu justicia... Bendícenos con tu diestra Señor y así exaltarás nuestra vida...

—Rocianos con el hisopo para purificarnos...

—Líbranos de la tribulación, si es que quieres probarnos...

—Acompáñanos en la hora negra...

—Señor del cielo y de la tierra, que él obtenga la indulgencia que pedimos...

—Que debido á vuestra misericordia descanse en paz...

—Y en el día deplorable en que el pecador resucite para ser juzgado, perdonadle, Señor. Amén. (De todoslados:) Amén. (Beatriz no ha rezado: Ha permanecidoabsorta. Algo serpertino, azul y cambiante ha distraido sus pupilas. Silencio. Agar llora. El leproso se queja.)

BEATRIZ.—(De pronto, incongruente, hablándose á si misma, con una mirada de fiesta, con delirio)... Yo quisiera tener la belleza de Salomé...

UNA SOMBRA.—¡¡Ha dicho Salomé!!

LEVÍ, el venerable.—¡Beatriz!

BEATRIZ.—Una belleza vistosa y audaz. Que atragera... Con más pecho... Quisiera tener ajorcas de oro y dos discos de oro también por pendientes y una culebrilla de metal para encaperuzar un moño alto y atractivo... Daría carmín á mis labios, violeta en mis ojeras y rosa á mis mejillas, y rasgaría con negrillo mis ojos... Al fin se fijaría en mí el Tetrar Herodes, y al ver que me resistía me mandaría matar... Yo quisiera ser suntuosa como Salomé... (Quejosa). ¡Pero yo no tengo

© Biblioteca Nacional de España

joyas ni esa hermosura! (Dor la mira desorientado y enternecido.)

LEVÍ, el venerable.—Beatriz... Pecas... Pecas... Satanás te ha tentado envolviendo en una apariencia engañosa de sacrificio, un deseo torpe y una queja contra Dios por la humildad y la hechura que el tedio... Ha sido Satanás... ¡Por el Señor y por la memoria de tu padrino te pido te retractes, Beatriz!... Pequeña... ¡Es una mala asechanza!

AGAR.—Si, Beatriz...

UNA SOMBRA.—¡También á ella!...

(Beatriz desorbitada comprende al fin... Nacen en sus ojos los vislumbres de algo estupendo... Se levanta en un vuelo, coge la luz, se pierde en un pasadizo. Se lleva detrás las sombras irresolutas como al pie de una catástrofe irreparable... Reaparece rauda en el habitáculo de al lado. Lo ilumina. Se ve al leproso misérrimo y destruido, con los vestidos descosidos, la cabeza rapada y costrosa y la boca vendada, como todos los leprosos de Jerusalén. Beatriz, abandona la lucerna y arrojada sobre él le *besa* en las úlceras negras y profundas y en las viruelas... Se ha roto... Todo es una exalación... ¡Hibridez ó excelsitud?... Excelsitud. Es una apoteósis y una reivindicación... Ha vuelto á ganar á Dios. Parece como si se hubiera hecho pedazos de un solo golpe su belleza lilial y exquisita... Ha sido el espectáculo de una mutilación... La misma sensación de otro descabezamiento como el de Yo'Kanaán... Porque perderá su parecido, corroida la delicadeza como impronunciada de su rostro, por la terrible lepra oriental y la viruela... El sacrificio es digno de ser el comienzo de los martirologios... Ser su página más excelsa y comenzar con una letra miniada y cuidadosa... No ha sido un sacrificio sangriento pero lo ha aventajado, y no habiendo sido tampoco una muerte lo ha sido...

© Biblioteca Nacional de España

El leproso que la ha mirado con sus ojos medio ciegos por el mal, sin comprender el alcance de aquellos besos santos ha querido besarla como á una hetaira... La quiere coger todo jadeante de lujuria, pero Dor que ha ido *todo lo allá* del sacrificio propiciatorio, del exvoto, cae sobre él y lo abate sobre el suelo... Ella recompuesta huye. Todos la dejan paso. Estan cegados por la maravilla y están exánimes... Al huir grita la exclamación usual á los apestados en Jerusalén:— «¡Cuidado!.. ¡Llevo la peste!... ¡Contagio!...» Dor, que en esta escena repentina se ha portado á saltos... la sigue; pero abatido y cegado como los otros, sollozante como un niño, se hecha de bruces sobre el enlosado sin fuerzas para retenerla, inerme, y grita:— «¡Destruida!... ¡Contagiada!» Todos permanecen en pie mudos y desmayados. El esfuerzo de admiración les ha agotado.

Sobre la escena parece quedar, demolido, hecho añicos, trizas, irrecostruible, un modelado formidable...

TELÓN

¡Y ACABÓ DE ABRIRSE EN MI BÚCARO LA ÚLTIMA FLOR DE NARDO, VÉRTICE Y CAMPANIL DE LA VARA SANTA!

© Biblioteca Nacional de España

MIRADAS

POR MAURICIO MAETERLINCK

¡Oh esas miradas pobres y cansadas!
¡Y las vuestras y las mías!
¡Y las que ya no existen y las que van á venir!
¡Y las que no llegarán nunca y que sin embargo existen!
Las hay que parecen visitar pobres en domingo;
Las hay como enfermos sin casa;
Las hay como ovejas en una pradera cubierta de lienzos.
¡Y esas miradas insólitas!
Las hay bajo cuya bóveda se asiste á la ejecución de una virgen en una sala cerrada.
¡Y las que hacen pensar en tristezas ignoradas!
En aldeanos á las ventanas de la fábrica,
En un jardinero convertido en tejedor,
En un museo de ceras bajo un mediodía de estío,
En los pensamientos de una reina que mira á un jardín,
En un relente de alcanfor en la selva,

© Biblioteca Nacional de España

En aprisionar una princesa dentro de una torre un día de fiesta,

En navegar toda una semana sobre un canal tibio.

¡Tened piedad de las que salen á pasitos, como convalecientes en la cosecha!

¡Tened piedad de las que parecen niños extraviados á la hora de la comida!

¡Tened piedad de las miradas del herido al cirujano, tiendas de campaña bajo el huracán!

¡Tened piedad de las miradas de la virgen tentada!

(¡Oh, ríos de leche van á huir hacia las tinieblas!

¡Y los cisnes han muerto en medio de las serpientes!)

¡Y de las de la virgen que sucumbe!

¡Princesas abandonadas en pantanos sin salida!

¡Y esos ojos en que se alejan á toda vela navíos iluminados por el ciclón!

¡Y lo lastimoso de todas esas miradas que sufren por no estar en otra parte!

¡Y tantos sufrimientos casi indistintos y tan diversos no obstante!

¡Y las que nadie comprenderá jamás!

¡Y esas pobres miradas casi mudas!

¡Y esas pobres miradas que murmuran!

¡Y esas pobres miradas asfixiadas!

¡Junto á las unas se cree habitar un castillo que sirviese de hospital!

¡Y tantas otras con aspecto de tiendas de campaña, lirios de la guerra, sobre los prados musgosos del convento.

¡Y tantas otras con aspecto de hermanas de la caridad sobre un Atlántico sin enfermos!

© Biblioteca Nacional de España

¡Y tantas otras con aspecto de heridos cuidados en un invernadero!

¡Oh! ¡Haber visto todas esas miradas!
¡Haber admitido todas esas miradas!
¡Y haber agotado las mías á su encuentro!
¡Y en adelante no poder ya cerrar los ojos

(Ricardo Baeza, traduxit.)

© Biblioteca Nacional de España

POESÍAS

POR JUAN R. JIMÉNEZ

De «ELEGÍAS LAMENTABLES»

Echado en la baranda de la terraza, miro
caer la tarde triste sobre la obscura fronda...
el ocaso se abre lo mismo que un suspiro...
el recuerdo es doliente y la nostalgia es honda.

Bandadas de mujeres desnudas van dejando
olor á sexo de alma por el aire violeta...
un agua oculta cuenta, soñando y suspirando,
misterios de un placer que no tendrás, poeta!

Lenta obsesión de muerte, de locuras, se obstina
en arañar el alma desde el poniente abierto...
pero la luz de oro da sobre la ruina
de una carne que guarda un corazón de muerto...

*

Un viento nocturno mece verdores
agrios y hortensias iluminadas.

Entre estos brillos verdes, bajo el azul nocturno,
y al errar de la brisa perfumada y serena,

© Biblioteca Nacional de España

esas músicas tristes me ponen taciturno
por la inutilidad errante de mi pena.

¡Oh, una mujer fragante, que sus palacios abra
para mí solamente, y que ría y que llore,
que no ponga la vida en letra ni en palabra,
que no tenga talento, pero que me enamore!

¡Quién será el que te halle en sus brazos, mimosa
doliente del jardín y luz del aposento,
carne disparatada y romántica, rosa
que vienes con la música y te vas con el viento!

*

El aire riza el cielo cual un moiré celeste;
toda la claridad está en ocaso; flores
dulces doran la orilla del riachuelo agreste
que serpentea entre vespertinos verdores.

Ríe un pájaro errante; y son notas de oro
que ruedan á un jardín de ensueño y de armonía...
cantada por las fuentes, la tarde es un tesoro
de salud, de frescura, de gracia y de alegría.

Mas no para el que tiene el corazón podrido
como un viejo ataud, en su nicho de llanto...
vientos negros le llegan del mundo del olvido,
le perfuman la tarde flores de camposanto.

*

De «VERSOS ACCIDENTALES»

A Herminia, que duerme, desnuda,
sobre un diván de terciopelo negro.

En la penumbra gris, entre las gasas
del silencio y la tarde, estás dormida...

© Biblioteca Nacional de España

Sobre el diván, de terciopelo negro
tu carne, como un mar en paz, palpita,
cual si fuera muriéndose, alejándose
de la sensualidad de mis caricias.

Es tu alma la que está. Jardines áureos
en su fondo celeste se iluminan
y enfloran tus mejillas y tus labios
como un rosal de estrellas y sonrisas....
Es tu alma la que está. Tu mármol blanco
yace, entre un musgo negro de ruinas.

El silencio que surte de tu sueño
lo envuelve todo en músicas marchitas...
las rosas hablan más que tú, el piano
canta con una triste voz de niña,
la misma tarde, tras el parque verde,
sucumbe entre violadas griterías...

¡Suntuosidad de piedra de tu cuerpo
silencioso y desnudo! Se diría
que el palacio de oro de tu alma
lo ha encerrado en su fábrica divina...
He tocado tu carne, y está quieta
igual que un agua pantanosa y fría.

No despiertes ni mueras. Sigue siempre
en la penumbra gris, mustia y dormida...
Yo, frente á tu silencio, haré de niebla
el acento fragante de mis rimas
y ajustaré á la vida de tu sueño
el sueño melodioso de mi vida.

*

De «ROSAS DE CADA DÍA»

Entre un olor de agua y de escondidas flores,
tristes de hervor, de música y de luz amarilla;

© Biblioteca Nacional de España

dichosos de envolver en sombra los dolores,
errábamos—¿te acuerdas?—por la celeste orilla...

Eras pálida y mate. Y te daba la luna
en los ojos. Y el viento jugaba en tus cabellos...
y no había fortuna igual á mi fortuna
cuando mi boca roja se perdía entre ellos...

Hoy que te busco en vano por lo amarillo y por
lo celeste, por lo alegre y por lo vago,
reclinado en el hombro de mi hermano el dolor,
vengo á ver el puñal de la estrella en el lago...

*

He abierto mi balcón y me he encontrado azul
la tarde y el jardín.... ¡Qué azul, Dios mío, es éste!
parece una penumbra velada por un tul
que todo lo hace sueño con su vagar celeste.

La estrella está en la torre; y tú, alma mía, ahora
irás—¿por qué camino?—buscándote un consuelo...
¡oh, tibia, oh, melancólica, florida y dulce hora
en que el amor enclava los ojos en el cielo!

Jardín, tú estás celeste, celeste tú, balcón,
celeste el agua, el árbol, el corazón celeste;
está todo celeste: la pena, la ilusión...
¡qué azul, Dios mío, es éste! ¡qué azul, Dios mío, es éste!

*

Nacía gris la luna, y Beethoven lloraba
bajo la mano blanca, en el piano de ella...
en la estancia sin luz, ella, mientras tocaba,
morena de la luna, parecía más bella.

Teníamos los dos desangradas las flores
del corazón, y acaso llorábamos sin vernos...

© Biblioteca Nacional de España

cada nota encendía una herida de amores...
el dulce piano intentaba comprendernos.

Por el balcón abierto á brumas estrelladas
venía un viento triste de mundos invisibles...
ella me preguntaba de cosas ignoradas.
y yo le respondía de cosas imposibles...

© Biblioteca Nacional de España

Auto-biografía.

POR CARMEN DE BURGOS SEGUÍ
(COLOMBINE)

SR. D. RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Querido Ramón: Me dice usted que desea vivamente mi auto-biografía y auto-crita y añade usted *que sea sincera*.

Pensé primero, tomar una *pose* artística algo campanuda, y pintarme como sabe hacerlo nuestro amigo Villaespesa, tal como mi fantasía quisiera ser hoy, y digo hoy, porque me cansaría y anhelaría ser de otra manera distinta. Luego pensé hacer una confesión donde á la manera del hermosísimo libro «Cabalgata de horas», de Ramírez-Angel, la ironía encubriera las sinceridades y lo imaginario se disfrazara de sentimental.

Para librarme de ambas tentaciones, me decido á dirigirle á usted esta carta. Así no sabré mentir. Tengo el vicio de la amistad; que no es de los que se suelen pagar menos caros.

Tanto he de contarle, que no sé por donde empezar. Mi vida es compleja; varío de fases muchas veces; tantas, que me parece haber vivido en muchas generaciones diferentes... y yo también he cambiado de ideas... de pensamientos... ¡Qué sé yo!... Me río de la unidad del *yo*, porque llevo dentro muchos *yoes*, hombres, mujeres, chiquillos... Viejos... se pelearían si

© Biblioteca Nacional de España

discutiese con alguno... pero les dejo que venza el que más pueda, y haga cada uno lo que le dé la gana... ¡todos son buenas personas!... A veces imprudentes, demasiado confiados... Suelen obrar con ligereza y tener de qué arrepentirse... Entonces intervengo. Nada de esa debilidad que nos hace estar todo el tiempo de cara al pasado lamentándolo... nada de lágrimas... Consuelo como puedo al culpable y despierto á todos los demás para que lo aturdan con su cantos... la... la... ra... la, ra, la, la, la...

Muchas veces envidié las vidas sencillas que llevan trazado el camino... pero me duró poco. Hoy me gusta lo impensado, lo incierto; me atrae lo desconocido; el encanto del libro que no se ha leido y de la partitura que no se escuchó jamás... No comprendo la existencia de las personas que se levantan todos los días á la misma hora y comen el cocido en el mismo sitio. Si yo fuera rica, no tendría casa... Una maleta grande y viajar siempre. Deteniéndome en donde me agradase, huyendo de lo molesto... aspirando el aroma de las cosas sin analizarlas. Eso de hacerse un palacio con cementerio y todo para vivir y morir en un mismo sitio me parece que nos asemeja á los moluscos ¡Pícaro progreso que trajo los ferrocarriles en lugar de las cómodas escobas sobre las que cruzaban el aire nuéstras respetables abuelas!

He sufrido mucho... ya no me acuerdo... pero experimenté el placer del sufrimiento. No lo crea usted paradoja tuve el placer de sentir la vida intensa, vibrar agitándome en ansias de muerte y de desesperación... Otras veces se me desbordó el pecho en amor, en placer, en esperanzas... algunas en anhelos de bien y de justicia... ¡Qué más dá?... Lo hermoso es sentir la vida. Por fortuna tengo una naturaleza fuerte y sana que se libró del peligro de excitar la morbosidad del dolor... Hoy (con ligeros interregnos) mi gesto favorito es el

© Biblioteca Nacional de España

encogimiento de hombros ¡Hay tan pocas cosas que valgan la pena de apasionarnos!

No soy ambiciosa ni me importa el juicio ageno. La calumnia se estrella á mis pies lamiéndolos mansamente como el agua del mar á las rocas inquebrantables.

Detesto la hipocresía y como soy independiente, libre y no quiero que me amen por cualidades que no poseo, digo siempre todo lo que siento y se me antoja. Así los que me quieren, me quieren de veras. Los que me detractan por la espalda, se quitan el sombrero delante de mí. Jamás pensé en el medro personal á costa de mi libertad ó de abjurar de mis convicciones.

¿Hechos de mi vida? Ninguno notable. Me crié en un lindo valle andaluz, oculto en las últimas estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada á la orilla del mar frente á la costa africana. En esa tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de Leyes y yo me hice mis leyes y me pasé sin Dios.

Allí sentí la adoración al panteismo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia á la mentira y los convencionalismos.

Pasé á la adolescencia como hija de la natura, soñando con un libro en la mano á la orilla del mar ó cruzando á galope las montañas... Después fuí á la ciudad... y yo que creía buena á la humanidad toda, ví sus pequeñeces, sus miserias... y sentí el dolor de los pesares agenos, y lloré con los oprimidos y envidié los mundos donde no habitan los hombres.

Podría parodiar á los héroes de Homero «Reina en unas partes, mendiga en otras». Fuí rica y carecí de todo. Ví alejarse las gentes con la miseria y dejarme sola cuando tuve hambre los que me convidaban cuando nada me hacía falta y les ví volver otra vez con la fortuna... y los recibí con un encogimiento de hombros...

© Biblioteca Nacional de España

Y así sufriendo y amando... entre lágrimas y goces se formó mi espíritu de hoy.... Viajé... estudié... me adularon y me zahirieron...

Hoy sólo creo en el arte y acepto el amor como bella mentira, una forma más perfecta de la amistad. ¿Otra de mis vidas? La de profesora... Esta sería tan insufrible como el matrimonio y el cocido si yo no la supiera adornar de azul. En todo caben ensueños. Pienso en las almas de mujer que con una frase puedo libertad del oscurantísimo... pienso en los corazones en que despierto el amor al arte... y en abrir todos los años la puerta de las aulas á una multitud de jovencillas que mi severidad podría retener para que vayan á saltar al sol sin molestarse en nuestras indigestas y vacías explicaciones. Cuando las veo delante de mí, reflexiono en que deben amar y ser amadas, en que hace sol y ellas están encerradas en el aula sombría; en que hay lindas canciones para labios de rosa y marchitan los suyos los problemas de Algebra. Y las amo y quisiera gritarles: «Huid de esta parodia de ciencia. Sed libres»... pero callo y les doy la libertad...

Mis penas como profesora son dos..... la imbecilidad de gentes inferiores que dirigen á los que valemos más que ellos..... y haber visto un día un sitio vacío en el banco que ocupaba una pobre alumna pálida..... ¡La mató la primavera!

¿Mi vida de periodista? Es más curiosa; empecé por cajista de imprenta, en la que poseía mi padre político en Almería; después escribí *con las tijeras* para completar un periódico satírico. Mi primer artículo mereció los honores del triunfo y la reproducción fuera de la provincia, y mis paisanos debieron pensar que eran muy brutos y que necesitaban que les dijeran lo mucho que yo valía ¡Claro, se lo creyeron! Y me empezaron á escribir artículos... La primera vez que me llamaron *Escritora* volví la cabeza á ver si se lo decían á otra y

© Biblioteca Nacional de España

me ofendí cuando me dijeron literata... casi me sigo ofendiendo...

He escrito muchos miles de artículos en toda la prensa del mundo; me los han traducido á todos los idiomas. Me pegaron y me elogiaron. Es decir, *se me discute*.

¡Qué honor! No se pondrán nunca de acuerdo ni yo me inquietaré por el fallo. No tengo vanidad de escritora y si alguna de mis compañeras la padece le aconsejo que se haga periodista militante, vaya á las redacciones y verá como se nos dan los bombos... El lector puede tener la seguridad de que hemos puesto de necia y majadera, por lo menos, á la *insigne* que elogiamos.

¡Libros! Muchas traducciones, muchos prólogos, muchos arreglos... muchos... trabajo de hojarasca para ganar el sustento.

Hoy ya es otra cosa; empiezo mi labor. Permítame usted que guarde silencio acerca de todo lo que preparo. Baste decir solo que hasta que he recibido todas las *lecciones* de la vida y llevo tantos años de escritora no me he atrevido á escribir mi primera novela. Miro la novela con miedo. Es la diosa de la Literatura.

¡Tendencias! Yo soy *naturalista romántica* y variable como mis *yoes*. Me gusta todo lo bello y la libertad de hacerlo sin afiliarse á escuelas.

Ya lo demuestro en los dos libros únicos que amo de todo lo que he producido «Por Europa». Descripción de un viaje á Francia é Italia, escrito con toda sinceridad; sin pensar en el público y diciendo cuanto pensaba y «Cuentos de Colombine» en los que puse mucho de mi alma.

Unas veces soy romántica, otras no... ¡A que imponerse leyes ni ficciones!

¡En el teatro! Hice un ensayito y me aplaudieron... y escribí un libro de versos que tiene pasión y alma y quizás volveré á ocuparme de algo de esto porque yo

© Biblioteca Nacional de España

nada aseguro... pero mi propósito es cultivar la novela, arte superior y apuesto al dramático.

Prefiero que me lea un imbécil á ver interpretar mis creaciones. Los cómicos son todos seres inferiores...

Me gusta rodearme de la gente joven y tengo á orgullo el afecto que toda la juventud sana me demuestra. Siento con ustedes entusiasmos y energías y no me importan las críticas de mala ley.

¡Los hádos me libren de los *genios consagrados* y de los *viejos dómines*!

Y esto ya se acaba. ¿Á qué seguir? En mi vida familiar é íntima usted me conoce. No se adivina que soy escritora ¿verdad? Sé amar á mi hija, una preciosa gitanilla que es la mejor de mis obras y ser alegre con los míos, atender *á las labores propias del sexo* y entretenerme fácilmente en nimiedades que no entienden los genios. Aparte de que me gustan los cintajos y los trapos y no me suena mal algún piropo... aunque no sea literario.

Para complemento del retrato que me obliga usted á hacer: *mis caprichos*. Un día me pongo el mantón y escandalizo á mi portera; para ir á enterarme de como son las casas donde duermen los golfos ó cómo viven los gitanos del barrio de las Cambroneras.

Otro día tomo un palco en el Real y escandalizo á *mis amigos* que no saben de donde *saco el lujo* (podían ver que son las cuatro de la mañana y aún arde mi lámpara de trabajo). Ya tomo el tren para ver la miseria de una ciudad minera, para curar heridos como ahora en Melilla, ó para aceptar una paella en la Albufera Valenciana, la tierra española que más amo, ó escapar á París á comprarme un abrigo.

Si quiere usted hacer el resumen de todo esto, hágalo. Yo no veo más que una amalgama de todas las cosas que forman la vida de una mujer que poco á poco fué desligándose de preocupaciones y avanza tranquila por

© Biblioteca Nacional de España

el camino entre melancolías y sonrisas, sin llegar al llanto ni á la carcajada... siempre de cara al sol y sin escuchar los perros que ladran á su paso... ni siquiera á los que menean halagadores la cola.

Suya aftma. compañera y admiradora,

COLOMBINE.

P. D. Así creo que soy; esta noche tal vez seré de otra manera. ¡Es tan difícil conocerse á sí mismo! Si soy de otra manera perdóneme el engaño porque yo misma lo padezco.

Otro Si. Envíeme las pruebas por si para entonces he cambiado de modo de pensar.

© Biblioteca Nacional de España

Balada de la cárcel de Reading. [1]

POR C 33
(OSCAR WILDE)

IN MEMORIAM
C. T. W.
ANTIGUO SOLDADO DE LA GUARDIA REAL DE CABALLERÍA,
EJECUTADO EN LA CÁRCEL DE READING, BERKSHIRE,
EL 7 DE JULIO DE 1896.

I

A no tenía su túnica escarlata, porque la sangre y el vino son rojos, y sangre y vino había sobre sus manos cuando le encontraron con la muerta, la pobre muerta que amaba, y que en su lecho había matado.

Caminaba entre los detenidos, con un traje gris raido, y una gorra de dril en la cabeza; alegre y ligero parecía su paso, pero nunca se ha visto á un hombre mirar la luz tan intensamente.

(1) Nuestro compañero de redacción, Ricardo Baeza, nos envía desde Tánger, donde mora atareado en sus ocupaciones de orfebre, esta traducción esmerada y extraordinaria con estas palabras: «Es una cosa álgida y dolorosa, quizás lo más vibrante y trágico del maravilloso Wilde. El demoledor Miserere sobre la Cárcel que en el último número publica Gómez de la Serna lo hace de actualidad. A ver si los *reverendos* penalistas comienzan la modificación del Código.»

© Biblioteca Nacional de España

Nunca he visto á un hombre contemplar con mirada tan intensa esa tiendecita azul que los prisioneros llaman el cielo, y cada nube que bogaba y pasaba con un velámen de plata.

Yo caminaba con otras almas en pena, por otro patio, y me preguntaba si el crimen de este hombre sería grande ó pequeño, cuando una voz detrás de mí murmuró quedo: *este hombre será ahorcado.*

¡Ah, Cristo! Los mismos muros de la prisión parecieron vacilar súbitamente, y el cielo sobre mi cabeza se convirtió en un casco de acero candente; y, aunque yo también fuese un alma en pena, mi pena no podía sentirla.

Supe solamente qué pensamiento acosado aceleraba su paso y por qué contemplaba con mirada tan intensa la fastidiosa claridad del día; aquel hombre había matado lo que amaba, y tenía que morir por esto.

***

Sin embargo todos los hombres matan lo que aman, y que todos lo sepan: unos lo hacen con una mirada de odío; otros, con palabras acariciadoras, el cobarde con un beso; el hombre valiente con una espada.

Unos matan su amor cuando son jóvenes, otros lo matan cuando son viejos; algunos lo extrangulan con las manos del Deseo, otros con las manos del Oro; los mejores se sirven de un cuchillo, porque así los muertos se enfrían en seguida.

El amor de unos es demasiado breve; demasiado largo es el de otros; unos compran el amor, otros lo venden; unos cometen su crimen con muchas lágrimas, otros sin un suspiro: porque todo hombre mata lo que ama, y sin embargo no todos tienen que morir por ello.

***

© Biblioteca Nacional de España

No mueren de una muerte infamante un día de obscura fatalidad; no sienten alrededor del cuello el nudo corredizo, ni sobre el rostro la capucha; no sienten, á través del entarimado, caer sus pies en el vacío.

No viven con hombres silenciosos que les espían noche y día; que les espían cuando quisieran llorar, ó cuando prueban á rezar; que les espían por miedo de que ellos mismos roben á la prisión su presa.

No se despiertan al alba para ver espantosas figuras agrupadas en sus celdas, al Capellán que tiembla, investido de blanco, al Alguacil, con compución severo, y al Gobernador, todo de negro ceremonioso, con un rostro amarilleuto de Juicio Final.

No se levantan con lastimosa presura para revestir sus hábitos de condenados, mientras un Doctor de boca inmunda les observa dulzonamente y anota cada gesto grotesco y cada contracción nerviosa, manejando un reloj, cuyos débiles tic-tacs son, como los golpes sordos de un terrible martillo.

No conocen esa sed implacable que enarena la garganta, antes de que el verdugo con sus guantes de cuero, deslizándose por la puerta acolchada, os ate con tres correas, á fin de que vuestra garganta no vuelva á tener sed.

No se inclinan para escuchar la salmodía del Oficio de Difuntos, y mientras el terror de sus almas les asegura no han muerto, no se cruzan con su propio ataud al entrar bajo el horrible cobertizo.

No lanzan una última mirada al cielo á través de un tejadillo de vidrio; no ruegan con labios de arcilla que termine su agonía; y no sienten sobre su mejilla temblorosa el beso Caifás.

II

Durante seis semanas nuestro soldado dió su paseo por el patio, con su traje gris raido, y la gorra de dril

© Biblioteca Nacional de España

en su cabeza; y alegre y ligero parecía su paso, pero nunca he visto á un hombre mirar la luz tan intensamente.

Nunca he visto á un hombre contemplar con mirada tan intensa esa tiendecita azul que los prisioneros llaman el cielo, y cada una de las nubes que arrastraba la maraña de su cabellera.

No retorcía sus manos, como esos hombres insensatos que pretenden hacer vivir la fugitiva Esperanza en el antro de la Desesperación: solo contemplaba el sol, y bebía el aire de la mañana.

No retorcía sus manos, ni lloraba y ni siquiera estaba triste, pero bebía el aire como si hubiese contenido alguna virtud anodina. ¡A boca llena bebía el sol como si fuese vino!

Y las otras almas en pena y yo, que paseábamos en otro patio, olvidábamos si nuestro crimen sería grande ó pequeño, y observábamos con una mirada de sombrío estupor al hombre que debía ser ahorcado.

Y era extraño verle caminar con paso tan alegre y tan ligero, y era extraño verle contemplar la luz tan intensamente; y era extraño pensar que tenía semejante deuda que pagar.

* * *

Porque el roble y el olmo tienen un follaje agradable que brota al llegar la primavera: pero odiosa es la vista del árbol del patíbulo, con su raiz mordida por las víboras, y, verde ó seco, un hombre tiene que morir antes de que nazca el fruto.

El más alto lugar es esta sede de gracia hacia la cual tienden todos los esfuerzos del mundo. ¿Pero quién querría encontrarse con una corbata de cáñamo, en lo alto de un cadalso, lanzando á través del collar homicida su última mirada al cielo?

© Biblioteca Nacional de España

Es dulce bailar al son de los violines cuando el Amor y la Vida son propicios: bailar al son de las flautas y los laudes es delicado y raro; ¡pero no es dulce bailar en el aire con pie ágil!

Así, con ojos curiosos y alucinantes suposiciones le observábamos día por día, y nos preguntábamos si todos nosotros no acabaríamos del mismo modo, porque nadie puede decir hasta qué rojo infierno su alma ciega puede extraviarse.

* * *

Al fin, el hombre muerto no se paseó más con los detenidos, y supe estaba de pie, en la horrible caja negra donde comparecen los acusados y que nunca más en este mundo suave del Señor vería su rostro.

Como dos navíos en peligro que pasan en medio de la tormenta, nos cruzamos en el camino; pero no hemos hecho seña alguna, no hemos dicho la menor palabra, no teníamos palabra alguna que decirnos porque no nos encontramos en la noche santa sino en el día vergonzoso.

Un muro de prisión nos rodeaba á ambos, dos desheredados éramos; el mundo nos había arrojado de su corazón, y Dios fuera de Su solicitud, y la trampa de hierro que aguarda al pecador, nos había cogido en su lazo.

III

En el patio de los Deudores los adoquines son rudos, y los muros pegajosos elevados y allí tomaba él el aire y á cada lado un Guardián marchaba, por temor de que el hombre muriese,

O bien se sentababa con los que espiaban su angustia noche y día; que le espiaban cuando se levantaba

© Biblioteca Nacional de España

para llorar, ó se arrodillaba para rezar; que le espiaban por miedo de que él mismo robase al cadalso su presa.

El Gobernador sabía muy bien los Artículos del Reglamento; el Doctor decía que la muerte no era más que un hecho científico; y dos veces al día llegaba el Capellán con un pequeño tratado.

Y dos veces al día fumaba él su pipa y bebía su jarra de cerveza; su alma estaba resuelta y en sitio alguno podía ocultarse el miedo; y amenudo decía que le alegraba estuvieran próximas las manos del verdugo.

Pero el por qué decía una cosa tan extraña ningún Guardián osaba preguntárselo; porque al que es dado como oficio la suerte de guardián debe poner un cerrojo á sus labios y hacer de su rostro un antifaz.

Porque de otro modo podría conmoverse, ¿y qué haría la Piedad Humana en el Antro de los Homicidas? ¿Qué palabra de remisión podría en tal sitio socorrer el alma de un hermano?

***

Con paso lento y oscilante, alrededor del patio, ejecutábamos la Parada de los Locos. ¡Qué nos importaba! Sabíamos ser la Brigada del Diablo; y cabezas rapadas y pies de plomo hacen una alegre mascarada.

Hilo por hilo desgarrábamos la cuerda embreada con nuestras uñas rotas y sangrientas; frotábamos las puertas, y lavábamos los pavimentos, y limpiábamos los lucientes barrotes, y, por grupos, enjabonábamos las ensambladuras, chocando ruidosamente los cubos.

Se cosían sacos, se rompían piedras, y dábamos vueltas al barreno polvoriento; se chocaban las escudillas y se voceaban himnos y sudábamos sobre el molino; pero en el corazón de todos el terror se había ocultado tranquilamente.

© Biblioteca Nacional de España

Tan tranquilo estaba que todos los días se arrastraba como una ola henchida de algas, y olvidamos el áspero destino que aguarda al necio y al bribón, hasta que una vez, volviendo del trabajo, pasamos junto á una tumba abierta.

Con un gran bostezo, el agujero lóbrego suspiraba por un alimento vivo; el mismo barro reclamaba sangre al patio de asfalto sediento; y supimos que antes que el alba blondease uno de nosotros se balancearía en la horca.

Sin detenernos volvimos, atenta el alma á la Muerte, al Espanto y al Destino; el verdugo, con su saco, pasó arrastrando los pies, en medio de las tinieblas; y cada hombre temblaba al deslizarse en su tumba numerada.

*
* *

Esta noche los corredores vacíos, estuvieron llenos de formas de Miedo, y de arriba á abajo de la villa de hierro se sintieron pasos furtivos que no se podían oir, y, á través de los barrotes que ocultan las estrellas, rostros blancos que parecían mirar curiosamente.

El descansaba como alguien que duerme y sueña sobre la hierba dulce de una pradera; los guardianes le examinaban mientras dormía, y no acertaban á comprender como se puede dormir un sueño tan tranquilo con el verdugo al alcance de la mano.

Pero no hay sueño cuando tienen que llorar los que nunca aún vertieron lágrimas; así, nosotros,—los necios, los fraudulentos, los bribones— velamos en esta interminable noche, y, á través de cada cerebro, sobre sus manos de Dolor, el espanto de otro se deslizó rampando.

*
* *

© Biblioteca Nacional de España

¡Ay, es una cosa horrible sufrir el delito de otro! Porque, derecho al alma, el acero del Mal se nos clavaba hasta su puño envenenado, y como plomo fundido, fueron las lágrimas que derramamos por la sangre que no habíamos vertido.

Los Guardianes, con sus zapatos de fieltro, se deslizaban ante cada puerta cerrada, y atisbaban y veían, con ojos de pavor, formas grises sobre el suelo, y se maravillaban de que se arrodillasen para rezar los que nunca aún habían rezado.

Toda la noche, arrodillados rezamos, ¡dementes conduciendo el duelo de un cadáver! Las plumas agitadas de media noche eran como los penachos de una carroza mortuoria, y como un vino agrio sobre una esponja era el sabor del remordimiento.

* * *

El gallo gris cantó, el gallo rojo cantó, pero la aurora no vino; y formas tortuosas de terror se agazaparon en los rincones donde yacíamos; y todos los espíritus malignos que se debaten en las tinieblas parecían retozar ante nosotros.

Resbalaban y pasaban, resbalaban rápidamente, como transeuntes entre la bruma; imitaban á la luna en un rigodón de figuras y contorsiones delicadas, y con pasos ceremoniosos y gracias repugnantes los fantasmas acudían á su cita.

Haciendo muecas y guiños, les vimos pasar, frágiles sombras cogidas de la mano, en corro, en corro, en espectral barahunda danzaron una zarabanda; y los grotescos condenados hacían arabescos como sobre la arena el viento.

Con piruetas de guiñol, bailaban alegremente, de puntillas; pero con las flautas del Miedo llenaban los oídos, conduciendo su horrible mascarada, y ruidosa-

© Biblioteca Nacional de España

mente cantaban, y cantaban largamente, porque cantaban para despertar al muerto.

«¡Oh!,—gritaban.—¡El mundo es grande, pero los pies atados van cojeando! Y una vez, ó dos, echar los dados es elegante y distinguido, pero nunca gana el que juega con el Pecado en la secreta Casa de Vergüenza.»

***

No eran, no, formas aéreas estos seres grotescos que brincaban con tanto regocijo; para aquellos cuyas vidas están encadenadas, y cuyos pies no pueden ir libremente. ¡Ah llagas de Cristo! Bien vivos estaban y bien terribles de ver eran.

En corro, en corro valsaban y giraban; algunos en parejas risueñas; con pasos afectados de coquetas, algunos rozaban los escalones; y, con sutiles sarcasmos y acariciantes miradas, todos ellos nos asistían en nuestras oraciones.

***

El viento de la mañana comenzó á gemir, pero la noche cantinuó; sobre su telar gigante la estofa de las tinieblas serpeó hasta que cada hilo fué tejido; y, mientras rezábamos, se apoderaba de nosotros el miedo á la Justicia del Sol.

El viento gemidor vino á errar en torno de los muros de la cárcel; hasta que, como una rueda de acero que gira, sentimos penetrar en nosotros los minutos; ¡Oh viento gemidor! ¿Qué habíamos hecho para tener tal centinela?

Al fin ví la sombra de los barrotes, como una celosía de plomo forjado; proyectóse sobre la pared blanqueada de cal, frente á mi lecho de tablas, y supe

© Biblioteca Nacional de España

que en un lugar del mundo el alba terrible de Dios era roja.

***

A las seis cada uno baldeó su celda, á las siete todo estaba tranquilo, pero el aletear tembloroso de un vuelo potente parecía llenar la cárcel, porque el Señor de Muerte, con su aliento helado entró para matar.

No pasó en púrpura suntuosa, y no cabalgaba en corcel de blancura lunar. Tres metros de cuerda y una tabla escurridiza es todo lo que la horca necesita; así, con la cuerda de oprobio vino el Heraldo á hacer su obra secreta.

***

Eramos como gentes que en lodazal de inmunda obscuridad avanzan á tientas; no nos atreviámos á suspirar una oración, ni á dar curso á nuestra angustia; algo había muerto en todos nosotros y lo que había muerto era la Esperanza.

Porque la feroz Justicia del Hombre sigue recto su camino, sin permitirse el menor rodeo; hiere al débil, hiere al fuerte, su marcha es implacable; con talón de hierro, ¡monstruosa parricida! aplasta al fuerte.

***

Esperábamos el toque de las ocho; nuestras lenguas estaban tumefactas y sedientas; porque el toque de las ocho es el toque del destino que hace maldito á un hombre, y el destino emplea un nudo bien corredizo, para el hombre mejor y también para el peor.

Sólo teníamos que esperar el signo próximo; así, como piedras en un valle solitario, estábamos senta-

© Biblioteca Nacional de España

dos, inmóviles y mudos; pero el corazón de todos latía fuerte y rápido, como un loco sobre un tambor.

Con un choque súbito, el reloj de la cárcel conmovió el aire tembloroso, y de la prisión entera se elevó un gemido de desesperación impotente, como el grito que oían los pantanos, aterrados, de los leprosos en su guarida.

Y así como se ven las más horribles cosas en el cristal de un sueño, vimos la aceitosa cuerda de cáñamo atada á la viga negruzca, y oímos la oración que el collar del verdugo extranguló en un gran grito.

Y todo el dolor que le sacudió hasta hacerle lanzar este grito espantoso, y su remordimiento desgarrador, y sus sudores de sangre, nadie los conoció tan bien como yo: porque el que vive más de una vida debe morir también más de una muerte.

IV

No hay oficios el día en que se cuelga á un condenado: el corazón del Capellán está demasiado enfermo, ó su rostro demasiado lívido, ó en sus ojos está escrito lo que nadie debe ver.

Así, nos tuvieron encerrados hasta cerca de mediodía, y entonces tocaron la campana, y los Guardianes, con sus llaves tintineantes, abrieron cada celda á la husma, y bajamos pesadamente la escalera de hierro. cada uno fuera de su Infierno distinto.

Al exterior, al aire suave de Dios, fuimos, pero no del modo habitual, porque el rostro de éste estaba blanco de miedo, y el rostro de aquél estaba gris, y nunca he visto á hombres tristes mirar la luz tan intensamente.

Nunca he visto á hombres tristes contemplar con mirada tan intensa esa tiendecita azul que nosotros,

© Biblioteca Nacional de España

los prisioneros, llamábamos el cielo, y cada nube indiferente que pasaba en dichosa libertad.

Pero habia entre nosotros quienes marchaban con la cabeza baja, y sabían, que si todos hubieran pagado su cuenta, habrían merecido morir: él no había matado más que una cosa viva, mientras ellos habían matado una cosa muerta.

Porque el que peca una segunda vez despierta al dolor un alma muerta, y la arranca de su sudario manchado, y la hace sangrar de nuevo, y la hace sangrar grandes gotas de sangre, ¡y la hace sangrar en vano!

* * *

Como monos ó payasos, en aparato monstruoso, estrellados de flechas en dibujo irregular, silenciosamente caminamos alrededor del patio de asfalto resbaladizo; silenciosamente caminábamos alrededor, y nadie decía palabra.

Silenciosamente caminábamos alrededor, y, en cada cerebro hueco, la Memoria de cosas terribles se abrumaba como un viento terrible y el Horror se exhibía ante todos, y el terror detrás trepaba.

* * *

Los Guardianes se pavoneaban, aquí y allá, custodiando su rebaño de bestias, sus uniformes flamantes eran la gala de los Domingos, pero nosotros sabíamos que trabajo habían cumplido por la cal viva de los zapatos.

Porque allí donde abrieron la tumba ya no había tumba alguna: sólo un poco de tierra y de arena junto al muro asqueroso de la cárcel, y un montón de cal ardiente, á fin de que careciese el hombre de sudario.

© Biblioteca Nacional de España

Porque el infeliz tiene un sudario como pocos pueden exigirlo: bien al fondo, al fondo, de un patio de prisión, desnudo para mayor vergüenza, yace, con cadenas en ambos pies, ¡y envuelto en una sábana de fuego!

Y la cal ardiente devora su carne y sus huesos, roe los huesos quebradizos durante la noche, y durante el día la carne tierna, come la carne y los huesos sucesivamente, pero el corazón sin cesar lo roe.

***

Durante tres largos años, no sembrarán ni plantarán allí: durante tres largos años, el lugar maldito será estéril y desnudo, y mirará al cielo con un mirada sin reproches.

Creen que un corazón de asesino corrompería toda simple semilla que sembrasen. ¡No es verdad! La buena tierra de Dios es más generosa de lo que creen los hombres, y la rosa roja, nacería más roja, y la rosa blanca, más blanca.

¡Sobre su boca, una roja, roja rosa! ¡Sobre su corazón, una blanca! Porque, ¿quién puede decir, de qué extraña manera, Cristo manifiesta Su voluntad, desde que el cayado seco que llevaba el peregrino floreció á la vista del gran Papa?

***

Pero ni la rosa blanca de leche, ni la roja, pueden florecer en el ambiente de una prisión: piedras, guijarros, silex, porque saben que á veces las flores han apaciguado la desesperación del hombre sencillo.

Así, jamás la rosa roja de vino, ni la blanca, pétalo por pétalo, caerán sobre este trozo de tierra y arena, junto al muro asqueroso de la cárcel, para decir á los

© Biblioteca Nacional de España

hombres que caminan en el patio que el hijo de Dios murió por todos.

*
* *

Sin embargo, aún que el muro asqueroso de la cárcel le encierre todavía, y aunque un espíritu, atado con cadenas, no pueda vagabundear de noche, y aunque un espíritu sólo pueda llorar sobre el que yace en tierra tan impía.

Ya está en paz el mísero, en paz ó lo estará bien pronto: ya no hay nada que pueda enloquecerlo, y el terror no se pasea en pleno día, porque la tierra sin claridad en que reposa no tiene Sol ni Luna.

*
* *

Le ahorcaron como se ahorca á una bestia: ni siquiera le otorgaron un requiem que hubiese podido llevar algún consuelo á su alma espantada; precipitadamente le condujeron, ocultándolo en un hoyo.

Le quitaron sus ropas, y lo abandonaron á las moscas: Se burlaron de su cuello hinchado y rojo, y de sus ojos puros y fijos y con grandes risas, amontonaron el sudario en que reposa.

El Capellán no se arrodillaría al borde de esta tumba deshonrada: no la marcaría con la Cruz bendita que dió el Cristo á los pecadores, porque este hombre era uno de los que Cristo había bajado á salvar.

No obstante todo está bien: él sólo ha franqueado los límites comunes de la vida: y por él, lágrimas agenas llenaran la urna, desde hace tiempo rota de la Piedad, porque sus plañideras serán los rechazados, y los rechazados lloran siempre.

© Biblioteca Nacional de España

V

Yo no sé si las Leyes tienen razón, ó si las Leyes se equivocan; todo lo que nosotros sabemos, nosotros, los presos, es que el muro es sólido; y que cada día es como un año, un año cuyos días fuesen largos.

Pero lo que sé es: que toda Ley hecha por los hombres para el hombre, desde que un hombre por vez primera cogió la vida de su hermano, comenzando el mundo de la aflicción, toda Ley dispersa el buen grano y guarda la paja, con la peor de las cribas.

Y también sé:—¡y cuán bien si todos pudiesen saberlo igual!—que toda prisión que edifican los hombres está edificada con los ladrillos de la infamia, y cerrada con barrotes, por temor de que Cristo vea como mutilan los hombres á sus hermanos.

Con barrotes desfiguran la luna grácil, y ciegan al buen sol: y hacen bien en ocultar su Infierno, porque pasan en él cosas, que ni Hijo de Dios, ni hijo de hombre, debería ver jamás.

***

Las acciones más viles, como hierbas nocivas, crecen en la atmósfera de la cárcel; sólo lo que hay de bueno en el Hombre se agosta y se marchita: la pálida Angustia vela á la puerta, y el Guardián es Desesperación.

Porque torturan de hambre al niño aterrorizado hasta que llora noche y día, y flagelan al débil, y azotan al idiota, y burlan de los viejos, y algunos se vuelven locos, y todos se vuelven peores, y ninguno puede decir palabra.

Cada estrecha celda que habitamos es una infecta

© Biblioteca Nacional de España

y sombría letrina, y el aliento fétido de la Muerte viva ahoga el ventanillo enrejado, y todo, salvo el Deseo, queda reducido á polvo en la máquina Humanidad.

Y el agua salobre que bebemos resbala con un lodo nauseabundo, y el pan amargo, que pesan cuidadosamente, está lleno de cal y yeso, y el Sueño, sin acostarse nunca, camina, con ojos huraños implorando al tiempo.

*
* *

Pero aunque el hambre flaca y la Sed lívida, como el áspid y la víbora, luchen, poco importa la ración: porque lo que hiela y mata enteramente es que cada piedra levantada durante el día se convierte en vuestro corazón por la noche.

Media noche siempre en el corazón, y el crepúsculo en la celda, dábamos vueltas al manubrio y dehilachábamos la cuerda, cada uno en su Infierno distinto, y el silencio es más temible que el son de campanas de bronce.

Y jamás una voz humana se acerca para decir una palabra dulce: y la mirada que á través de la puerta nos observa es implacable y dura: y de todos olvidados, nos pudrimos y pudrimos, cariados alma y cuerpo.

Y así enmohecemos la férrea cadena de la Vida, solos y envilecidos: y unos profieren maldiciones, y otros lloran, y algunos no hacen oir la menor queja: pero las Leyes eternas de Dios son indulgentes y rompen el corazón de piedra.

*
* *

Y todo corazón humano que se rompe en un patio ó celda de prisión es como aquella redoma quebrada

© Biblioteca Nacional de España

que dió su tesoro al Señor, llenando la impura morada del leproso con el perfume del nardo más preciado.

¡Ah, dichosos aquellos cuyos corazones pueden romperse y ganar la paz del perdón! ¿De qué otro modo podría el hombre trazar su plan y purificar su alma del pecado? ¿Dónde, si no en un corazón roto, podría entrar el Señor Cristo?

* * *

Y el hombre de cuello hinchado y rojo, y de ojos puros y fijos, espera las santas manos que llevaron al Ladrón al Paraiso; porque el Señor no desprecia un corazón roto y contrito.

El hombre vestido de rojo que lee la Ley le acordó tres semanas de vida, tres cortas semanas para curar su alma de la contienda de su alma, y para purificar de la menor gota de sangre la mano que había sostenido el cuchillo.

Y con lágrimas de sangre purificó su mano, la mano que había sostenido el acero: porque sólo la sangre puede borrar la sangre, y la mancha carmesí que era de Caín se convirtió en el sello blanco nieve de Cristo.

VI

En la cárcel de Reading, junto á la ciudad, hay una tumba de infamia en que yace un miserable devorado por dientes de llama; en un sudario de cal viva, en un sudario ardiente yace, y su tumba no tiene nombre.

Que allí repose en silencio hasta que Cristo llame á los muertos: no es preciso prodigar lágrimas insensatas ni exhalar hondos suspiros: aquel hombre había matado lo que amaba, y tuvo que morir por esto.

© Biblioteca Nacional de España

Y TODOS MATAN LO QUE AMAN, ¡OIGANLO TODOS!: UNOS LO HACEN CON UNA MIRADA DE ODIO, OTROS CON PALABRAS ACARICIADORAS, EL COBARDE CON UN BESO, ¡EL HOMBRE VALIENTE CON UNA ESPADA!

(Ricardo Baeza, traduxit.)

© Biblioteca Nacional de España

DOS CAMINOS

POR SOFÍA CASANOVA

La vida para vivirla
me dijiste cierta vez;
el amor para llorarlo,
creo que te contesté.

Y hoy que los años clavaron
entre el mío y tu dolor
el muro de un cementerio,
que es pisar profanación,

pasamos y sonreimos
y nos miramos los dos
cual náufragos, que un milagro
del mar en furia, salvó.

Cuando el Angel ciego, el Angel
blanco de renunciación
se acerca á nosotros, todo
palidece de color;

y se percibe lejana
melodía singular

© Biblioteca Nacional de España

de triunfo y muerte, las notas
de un celeste funeral.

Sonreimos y pasamos
para no encontrarnos más...
y en la tarde flotan ténues
aromas de santidad.

© Biblioteca Nacional de España

Del Libro de los Vencidos.

POR RICARDO BAEZA

Sus labios palidecían. El tic de los párpados se acentuaba en agudo nerviosismo, y sobre el rojo terciopelo sus manos, céreas, largas, afiladas, parecían agonizar.

Continuó:

—La conocí en Holanda, en una de aquellas ciudades tranquilas y claras. Y para mi espíritu, ávido de frescura y de olvido, fué una condensación de candor. Sus ojos tenían la dulzura velada de aquellos horizontes, y la serenidad de su carne se aliaba á la tersura del ambiente. Hasta en su voz había la diafanidad de las campanas matutinas. Como ahora, iba en una compañía dramática. Por vez primera la vi en el «Otelo.» Bajo los brocados y las gemmas de Desdémona su cuerpo se sublimaba, con la apariencia ideal de una de esas Madonas del mediodía que la devoción de los fieles cubrió de oros. Era pura, absolutamente pura. La calumnia debía de pasar sobre ella sin rastro alguno. La ignorancia divina de su amor no podía ser contaminada. Se la hubiera puesto en un sagrario para preservarla de la Vida. Pero la Vida venció una vez más.

© Biblioteca Nacional de España

Nunca olvidaré la facilidad de su agonía entre las garras del veneciano. Murió como mueren los pájaros y deben morir las flores. Su cabellera se destrenzaba como sol sobre los encajes del lecho, mientras sus ojos se cerraban sobre el dolor y la paz de la inocencia. Toda mi alma, con una piedad y una adoración en secreto acumuladas durante años, fué hacia ella, como hacia un manantial que siempre se buscó y de pronto surge bajo nuestros pies cansados...

De nuevo sus manos se tendían hacia el recuerdo del ideal. Y el fervor renovado pareció iluminarlas con una sangre recóndita.

—Sí, ella fué Desdémona, como fué Julieta, como fué Cordelia, y Antígona, Ifigenia, Electra, Lucrecia, Margarita; como ahora es Ofelia. Ella asumió en su arte el sacramento de las poetas; nació en todos los tiempos, en todos los países, para el deslumbramiento de las multitudes. Todas las bellezas de la tierra cantaron por su voz, y la soberanía de su gesto supo expresar los ensueños más obscuros... ¡Beata Beatrix!... Yo pude amar en ella toda mi pasión á las heroínas, flores maravillosas que la eterna aspiración de los hombres hizo brotar de la leyenda. Mis idealismos más lejanos acudían á su conjuro del fondo de la memoria, resucitando el fantasma de las Edades muertas...

Ella abolía el fango, la corrupción. Todo ante ella centelleaba con claridades de aurora.

Hubo en sus órbitas, circuladas de lividez, un fulgor intermitente.—¡Ah esos ojos que en los sanatorios de tuberculosos contemplan el gran cristal de las cimas nevadas como una lejanísima esperanza de salvación!

—Era casta. No se la conocía amante... Mi sueño de pureza se completaba... Recuerdo que por su dulzura particular y su rostro de bienaventurada la llamaban la Virgen...

Sus dientes orificados mordían las palabras, y sus

© Biblioteca Nacional de España

dedos—¡tan largos, tan afilados!—se crispaban sobre la estola purpúrea como sobre una carne sangrienta.

—¡La Virgen!... ¿Es realmente virgen? ¿Quién podría decirlo? Pero esto quizás son cuestiones patológicas... ¡La Virgen! Mírala, mírala bien. ¿Hay nada en el mundo más ingénuo que su actitud, más seguro que su palabra? La bondad del cielo no es tan buena como el cielo de sus ojos, y hasta el carmín de su boca se atenúa en un desconocimiento del goce. Las perlas de su cuello son menos albas que debe ser su alma, y su cuello tiene la liturgia del lirio... Escucha, ¡como dice los versos shakespearianos!, escucha...

Tengo, señor, recuerdos que me distéis
y que hace tiempo devolver ansío...

—Su ilusión se humilla ante el príncipe con un temblor de lágrimas. Entre sus manos suavísimas le presenta su pobre corazón resignado... Más tarde, después de recoger margaritas y trinitarias, el hinojo y la fumaria, la ruda y el romero, irá su alma á confundirse con el alma del agua, espejo de su quimera... ¡Oh castidad inverosímil de su ademán! Diríase en esas sedas blancas una primera comulgante, ó una desposada. Sin confesión se le daría la hostia... ¡Hermana de la misma Eucaristía!

Sobre la fiebre descarnada de sus manos se exaltaron los rubíes y las esmeraldas.

—¡Cuatro años, cuatro años de tormento y de infinito placer! ¿Qué podría decir la crueldad de mi deseo jamás saciado, acrecido siempre? ¿Quién podría explicar el abismo de su carne, intangible á la concupiscencia, y la espantosa parcialidad de su renunciamiento?... Sí, la Virgen. Más pura que la Purísima Concepción, porque ella ni siquiera ha concebído, porque ella ha rechazado el estupro inmundo del alumbramiento.

© Biblioteca Nacional de España

Nunca su carne se mostró al celo bestial y doloroso de los hombres, nunca su cuerpo se retorció en la histeria del espasmo. Mírala, con el blancor de la túnica solo rivalizan sus brazos y su garganta. El misterio de su belleza total siempre continuará velado á las lascivias, en el pudor de su voluntad.

Sus manos descansaban ahora en una satisfacción de saber eternamente inalcanzable lo que él no pudiera conseguir.

—¡Sus manos, su boca, sus ojos, su voz! No es el aire más diáfano que su voz, ni el agua más transparente que sus ojos. Nunca vi enturbiarse la linfa de sus pupilas; ni arreciar el aura de sus palabras. ¡Perenne inmutabilidad de su reposo!... ¡Pero sus manos, su boca! Yo había visto unas manos semejantes en los lienzos de algún primitivo italiano.—Lorenzo Oredi ó Frá Giovanni Agnolo,—cuyo pincel extático cruzólas sobre el seno de María. ¡Manos que como una custodia iban á recibir lo salutación del Arcángel! Dedos sutiles, fluídos, del color de las rosas, pétalos de una corola de milagro, dedos que abrieron los párpados del Mesías, y recibieron las azucenas de la Anunciación ¡Ah la maravilla de estas manos que la elección divina hiciera depositarias de la misión redentora!

Anhelaba; en su frente, ampliada por la calvicie prematura, se hinchaba el morado de las venas. Se abstraía en la escena, consciente solo de su obsesión.

—Hermana, de sus manos es su boca. ¡Labios religiosos, cuya púrpura solo conoció la piedad del sacrificio y el dulzor de la contrición! Esos labios olvidaron ya el Arbol de la Ciencia, y aspiran solo á la beatitud. Cuando se abren parece van á hablar palabras de oración. ¡Humildad de la plegaria que prepara el alma de la Asunción! ¡Labios que besaron las llagas del Crucificado, extrayendo de su martirio la sangre que los inviste! ¡Oh fuente de vida celestial!

© Biblioteca Nacional de España

Sus mejillas hundidas se bañaron de sudor, y sus dientes se clavaron con tal fuerza en el labio inferior, que una gota escarlata coloreó la debilidad de su epidermis.

—¡Cómo podría decirte mi horror, mi extravío, cuando conocí la verdad, el terrible dilema? Todas mis súplicas fueron vanas, inútiles todos mis intentos. Rogué, ofrecí, amenacé. Nada pudo conmover la firmeza de su decisión. Las preguntas quedaron sin respuesta. O renunciar en absoluto ó aceptar con condiciones. Entre la muerte y la agonía preferí esta última ¡Cuántas veces intenté libertarme, salir del asco, apartar lo podredumbre! Pero siempre volvía, más cansado de la lucha, más convencido de mi ignominia, no pudiendo prescindir de la abominación. ¡Cuatro años de agonía, de infierno, de estupor! Esas manos supieron tejer la red de mi deseo, y esos labios sorber mi voluntad con el acto fácil con que se exprime un fruto. ¡Cómo han aprisionado mi vida aquellas manos, cómo han mordido mi alma esos labios! Todo el furor de los abismos debe residir en ellos. Son terribles, míralos. Fué mi sangre la que absorbieron, no la de Jesús la que besaron. Toda mi sangre se ha acumulado en esa boca, enrojeciéndola con el fuego del Pecado. Todo yo estoy incluso en ella, cuerpo, espíritu. Dejaría de existir lejos de esa boca, lejos de esas manos... ¡Ah, ella ha sabido atarme con la ligadura inquebantable del sexo! Ella se ha hecho dueña absoluta de mi carne. ¡Con qué habilidad sabe resucitar la voluptuosidad dormida! Ella ha encendido en mí todos los carbones de la concupiscencia, ha desatado todos los demonios del deseo. Cuotidianamente, —araña monstruosa, pulpo insaciable,—se alimenta de mi ser como de la presa asignada por la Naturaleza. Cuando sus manos se acercan y sus labios se entreabren corren por mis huesos lavas del Purgatorio. La sola vista de sus manos y de su boca despierta en mí la rabia de los Condenados...

© Biblioteca Nacional de España

Sus músculos se aflojaban sobre la molicie del sillón, despojo inmóvil de una humanidad expirante. Sus manos,—inertes y enjutas como reliquias sacras,—presagiaban la proximidad del rescate. Sus ojos, cerrados, saboreaban la sacudida de una sensualidad íntima. El telón cayó; hubo un estrépito de palmas, de aclamaciones.

—¡Esas manos, esos labios!

Y riendo:

—¡La Virgen!

© Biblioteca Nacional de España

La ÚNICA me ha regalado un tintero.

POR JOSÉ FRANCÉS

ORACIÓN

En el nombre de Nuestro Amor; de su madre la Belleza y de su hijo el Tiempo:

I

Tú, como las imágenes de todas las religiones fuiste primero inerte y sin valor hasta que Su Alma te ungió de milagro para lo porvenir.

Antes de que tus manos te eligieran no eras nada. Después de elegirte sus manos, lo eres todo.

Ahora acabas de recibir la bendición negra de la tinta. Ya puedes ser adorado. Porque al decirte mis oraciones veo en tí la huella divina de mi Dios.

II

Haz que de tu vientre de cristal y plata, donde la luz se rompe multicolora, salgan frases de alta belleza

© Biblioteca Nacional de España

y que estén de acuerdo con las ideas que en mi cerebro siembra la Única, la Inmortal Blanca.

Porque de tu vientre de cristal irisado surgirá una literatura venidera como de un nido la vida y como de la noche el orto y del silencio la voz.

III

Haz que cuando escriba á la Única, la Inmortal Blanca, tu tinta no se agote, que se renueve sin yo darme cuenta, ya que desearía que el vaso de cristal y de plata fuera uno de esos ríos de América con que sueñan audaces exploradores como sepulcros de oro.

Y de oro de alma quisiera yo que fuesen mis palabras para la Única.

IV

Haz que si alguna vez el Enemigo—siempre despierto,—me pasara por la frente el relámpago de un mal pensamiento, tu tinta se seque y no pueda escribirlo.

Porque no debes consentir la profanación. Porque tú eres una inmensa catedral de mi culto y cualesquiera palabras de otro rito sonarían á sacrilegio á tu cristal que rompe la luz.

Solo ideas de belleza, nacidas por el milagro de amar á la Inmortal Blanca y solo conceptos de pasión encendidos como lámparas votivas en Su Honor han de salir de Tí, depositario de Su recuerdo.

V

Tú has de otorgar la tinta para la carta en que despida la antigua vida y empiece la futura.

© Biblioteca Nacional de España

VI

Tú serás luego, en la casa, común, como el lecho, y el pan y la alegría, algo que será de ambos y para el goce de ambos.

VII

Con tu tinta se escribirá la noticia de un nacimiento y con tu tinta, cuando hayan transcurrido muchos años y los que aún no han nacido empiecen á amar y á reproducirse en nuevas vidas, la Única y yo redactaremos nuestra última voluntad.

VIII

Nuestras manos estarán temblonas. Pero en nuestros corazones habrá la juventud de ahora conservada milagrosamente.

La Inmortal Blanca sonreirá y dirá:

—¿Te acuerdas? ¡A que no sabes cuando te regalé este tintero?

Yo no me acordaré. Porque debió ser muchos siglos antes. Porque nuestro amor es tan viejo como el mundo y saboreó el primer pecado y sufrió el dolor primero.

Así sea.

© Biblioteca Nacional de España

Teatro Asturiano.

ESTE inédito girón asturiano del distinguido escritor de por allá, el *Americanín de Romadorio*, trae prendido un poco del azul de aquel cielo, tiene sabor de boroña, y vive encuadrado in extenso por el panorama esmeraldino de aquellas laderas cuadriculadas por las matas de las zarzamoras y las madreselvas, y á veces trepadas por un pinar, de un verde formidable intercalado por la sombra de un violeta suave...

Viene con oportunidad ahora que se habla del Teatro Asturiano, á ser una prueba de ese teatro que sólo en teoría y en proyecto ha sido barruntado por algunos intelectuales. El más certero José Francés.

La serenidad y el humorismo de aquellas gentes más se presta á una cosa así del valor de una tabla bulliciosa, jovial é ingénua de Teniers, que á una cosa épica y fragorosa.

Sólo hay dos dramas posibles—dramas regionales se entiende, que universales puede vivir los de todos sitios—el de los pescadores, y ese es cinematográfico y está todo él amontonado en el desenlace, y el del emigrante que es ya consabido...

Tablas á lo Brueghel, á lo Van Ostade, campestres, hiperbóreas, suaves, y buen humoradas como la que ofrecemos hoy á los lectores son las que han de dar netitud á ese teatro por surtir...

© Biblioteca Nacional de España

"Cavallería Rusticana".

Intermedio cómico, para hombres solos.

POR EL AMERICANIN DE ROMADORIO
(*Dr. Villalain.*)

PERSONAJES

Un médico joven, amable y vestido con relativa elegancia.
Aldeano 1.°
Aldeano 2.°
Aldeano 3.°
Otro médico menos amable que el primero y vestido con más despreocupación que el id.

La escena en una aldea cercana á Avilés, en la época actual, y en el despacho de un médico de aldea, con lo cual queda dicho que los muebles son modestos y también modesta toda la *mise en scene*.

ESCENA PRIMERA

MÈDICO 1.°—Pues señor: No digo yo que la vida de médico de aldea sea la más á propósito para llegar á viejo, pero es en cambio muy entretenida.

¡Eso, la verdad!

En la población trata uno con gentes presumidas, pero aquí en la aldea, todo es paz, bondad, y sencillez.

Es cierto que algunos aldeanos son más pesados que el plomo, pero en general son buenos y noblotes. No

© Biblioteca Nacional de España

hace más de quince días que estoy aquí, y ya tuve más consultas...

Quisiera ver á mi amigo Luis, el médico del pueblo inmediato. Precisamente fué él quien me proporcionó esta placita de hipócrates rural. Recuerdo muy bien que me decía. «Ten cuidado con los aldeanos, que saben más que Merlín en materia de maldades.» Yo no sé si Merlín era malo ó bueno; lo que si sé bien es que todos estos mis clientes son buenos, obsequiosos, y excelentes personas. Unicamente parecen algo distraídos para eso... ¡ay! del vil metal. Será acaso porque prefieran pagar por años vencidos, como en el otro pueblo donde estuve. (Mirando el reloj.) Las tres. A las tres y media espero á Luis, á quien comunicaré mis buenas impresiones sobre la bondad de estos aldeanos.

ESCENA II

(Llaman á la puerta con los nudillos.)

MÉDICO 1.°—¡Otra consulta! Adelante.

(Entra el aldeano 1.° cogiendo la gorra, y dudando entre quitarla ó no. Al fin opta por no quitarla. Siéntase, escupe, ráscase la cabeza como quien duda lo que ha de decir.)

ALDEANO 1.°—A buenas tardes, señor don Paco.

MÉDICO 1.°—Buenas. (Obsequioso.) Siéntese usted. Cúbrase, hombre, cúbrase. (Aparte.) ¡Si ya está sentado y cubierto! ¡Qué plancha! Los novicios nos azoramos en seguida. Borraremos el mal efecto de la plancha. (Alto.) ¿Quiere usted fumar? (Alargándole una cajetilla. El aldeano toma la cajetilla y la guarda.)

ALDEANO 1.°—Muchos pitos me da, ho ¡Como se conoz que ye rico!

MÉDICO 1.°—(Aparte.) ¡Qué bruto! Por más que la inocencia... la falta de costumbre...

(El aldeano enciende un pitillo, y alarga la cerilla

© Biblioteca Nacional de España

al médico, que la arroja al suelo por no tener que fumar.)

ALDEANO 1.°—(Escupiendo, y bostezando á veces, ad libitum.) Pues yo, como á consultar con usté no venía, hó. Venía al auto de que como l'otro dia se me puso mala una vaca... lo cual que la curó el ferrador de la villa con unes iriciones de solimán que i dió.... y tando mala la vaca, pintó que non puede uno facer lo que venga al auto del asunto de uno ú de otro pa tal y cual, y resultó que perdí la receta del solimán...

MÈDICO 1.°—¡Ah! ¿Lo que usted desea es una receta de sublimado?

ALDEANO 1.°—Sí, señor. ¡Si me lo diera por apunte!

MÉDICO 1.°—Sí, hombre, sí.

ALDEANO 1.°—(Coge la receta.) Ta bien.

Y poniéndose la vaca mala pintó que al rapaz pequeño agregosei una tose, que ta toda la noche del Siñor tose, tose, tose, tus, tas, dai, dai, que ye una compasión del mundo velo y oilo. Dimosi el agua de la ortiga, el malvarisco, y un jarabe de á seis riales el frasco, lo cual ya non sabemos que i facer.

MÈDICO 1.°—¿El, espectora?

ALDEANO 1.°—¿Qué si ye qué, ho?

MÉDICO 1.°—Que si arranca.

ALDEANO 1.°—Sí, señor, ho.

MÈDICO 1.°—Pues dele esta receta. (Escribe.)

ALDEANO 1.°—¿Costará mucho, señor?

MÉDICO 1.°—No. (Aparte.) Ya van dos recetas: estos son buenos parroquianos.

ALDEANO 1.°—Y como diba diciendoi... (Tira el pitillo apenas empezado, enciende otro, y torna la cerilla al médico, el cual la arroja con calma que va rayando en enfado.) Pues como diba diciendoi, con el aquello dela tose del rapaz, regolviosei el histérico á la muyer, lo cual que ya i pasaron l'agua, y además arreglola un curioso, pero por más que ficimos los imposibles

© Biblioteca Nacional de España

non duerme miga. ¡Ah, señor! ¿Qué será bueno pa dormir?

MÉDICO 1.°—El cloral. ¿Quiere usted que se lo apunte? (Aparte.) Con gente así, hay que portarse bien.

ALDEANO 1.°—Apúntelo, señor. (Escribe el uno, y guarda el otro.) Pues la muyer ta identicamente igual que la vecina aquella que usté curó. ¡Por eso, usté ye buen mérico, señor! Acuérdome del otro, que nunca tuvo cencia pa curame les xeladures. (Enseñando las manos llenas de saboñones.) Mire, ho. ¿Será bueno pa esto, el sebo?

MÉDICO 1.°—No hombre, no. Compre usted unos guantes.

ALDEANO 1.°—¿Unos qué, ho? ¿Hailos en la botica?

MÉDICO 1.°—(Riendo y enseñándole unos.) No. Unos como estos.

ALDEANO 1.°—¡Ay! ¡Manguitos! Esto ta auto pa los ricos como usté, que lo ganen folgao.

MÉDICO 1.°—Entonces voy á escribirle... (Escribe.)

ALDEANO 1.°—Escriba, que ha pagailo Dios, y yo cuando pueda.

MÉDICO 1.°—(Aparte.) Ya van cuatro consultas. Este suelta, lo menos, 20 pesetas. Serán las primeras que cobro en los quince días que llevo aquí. Ya va siendo hora.

ALDEANO 1.°—Ta bien, señor. Yo, como usté ve, non vine aquí pa consultar pa mí, nin pa delguno de la casa. Usté ye tan parcial que me dió les recetes... ¡Cómo se conoz que ye rico! Yo á lo que venía era á ver si... (Queda indeciso.)

MÉDICO 1.°—¿Qué? Tiene usted alguna cosa más que decir.

ALDEANO 1.°—Pos venía... Non crea usté que soy como Antón de Llanera, que ye de los que piden los imposibles. Ya ve, señor; el mundo ye asina... y siempre hay algo que... ¡vamos! hoy por tí, mañana por mí... Usté me entiende.

© Biblioteca Nacional de España

MÉDICO 1.°—No entiendo ni una palabra.

ALDEANO 1.°—Pos direilo claro como l'agua, que como es debido falar. Quisiera que me diera un certificau p'al Juicio Oral diciendo que toi malo p'al jurau.

MÉDICO 1.°—(Haciendo de tripas corazón, como ya le irá haciendo el lector, al ver lo largo de esta escena, cuya logitud sólo la disculpa el deseo del autor, que quiere hacer una fotografía de la pesadez aldeana.) Bueno. Se la haré. A ver la cédula. (Mientras el médico escribe, el aldeano cuenta dinero.)

ALDEANO 1.°—(Contando.) Una, dos, tres... diez y nueve, vente.

(El médico da el certificado al aldeano, y éste, á su vez, le entrega las monedas, envueltas en un papel.) Bueno, señor. Aquí tien el su por qué del su trabajo. Yo, como usté vé, non vine á consultar, asina que si no i doy mucho, disimule. En fin, como diz el refrán: «de Dios pa'bajo, cada uno vive del su trabajo,» y non i digo más.

MÉDICO 1.°—Gracias. (Aparte.) Lo dicho. Lo menos 20 pesetas. Las primeras que gano en este pueblo.

ALDEANO 1.°—Adios, señor, y dispensar. Home; pa marchar voy osequialo (Da al médico uno de los pitillos de la cajetilla.) ¿Quier un pito? (Aparte,) ¡De todos modos diómelos él!

MÉDICO 1.°—(Amoscado.) Gracias. Adiós.

ALDEANO 1.°—(Volviendo desde la puerta.) Home, señor. ¿Quier facerme un papel pa la vacuna de los neños?

MÉDICO 1.°—(Resignado.) Bueno. (Mientras escribe, el aldeano comete todas las inconveniencias que se le antojen al actor, tales como escupir, bostezar, hacer ruido etc.)

ALDEANO 1.°—(Cogiendo el papel, y dando al médico cariñosas y confianzudas palmadas en la espalda.)

© Biblioteca Nacional de España

Entós, adiós, señor. Usté ye muy parcial y muy bueno. (Váse.)

ESCENA III

MÉDICO 1.°—Gracias á Dios que cobré algo en este pueblo. Vamos á ver lo que me dió ese latoso (se dispone á contar las monedas).

ESCENA IV

ALDEANO 1.°—(Entrando con sigilo). Señor, ahí vien Antón de Llanera, que pa mi cuenta vien pagai algo de lo suyo.

MÉDICO 1.°—¿El de los estacazos?

ALDEANO 1.°—Si, señor. Bien me acuerdo de cuando la mayeta, que tuvo pa morise. Buenamente puede cobrar ahí, que tien dos tíos en los Estados Unidos, y mandaroni cuartos pa usté.

MÉDICO 1.°—¿En los Estados Unidos?

ALDEANO 1.°—Sí. En un punto que llámase Chicago, con perdón de usté. Y acuérdome de que decia la mujer que más i valia dai á usté 50 pesos que gastalos n'entierro. ¡Buen puñau va sacar!

ESCENA V

ALDEANO 2.°—(Desde la puerta.) ¿Quien ta aqui, ho?

ALDEANO 1.°—(Cruzándose en la puerta con el segundo.) Afloja, afloja la bolsa. (Vase.)

MÉDICO 1.°—(Aparte.) ¡Que oportunidad! Aqui tenemos á Antón de Llanera. Hoy es dia de cobrar, y ya veo que de esta me hago rico, ó poco menos. (Alto.) Pase, Antón, siéntese. ¿Ya curaron las heridas?

ALDEANO 2.°—Gracias á Dios y á uste, y vengo á pagai el su jornal. Camo prisa non la hay, porque usté

© Biblioteca Nacional de España

ye rico, pero la cosa ye cosa, y el aquello de cada auto ta bien p'al negocio de uno ú de otro. Usté me entiende.

MÈDICO 1.°—Si, si. Entiendo.

ALDEANO 2.°—¿Entós cuanto ne ha llevar, hoi Yo tuve al murimundi, diéronme por defunto y uste curóme bien. Yo dije que más valía pagar al mérico que sacar p'al entierro. ¡Confiésolo! Y vengo ver lo que i tengo que dar. (Saca la cartera.)

MÉDICO 1.°—(Aparte.) Hay que descararse. Yo le asistí noche y dia, y ofreciéudome... (Al aldeano.) Diga, Antón, ¿cuánto cuesta aquí un entierro?

ALDEANO 2.°—Según pa quien sea, señor.

MÈDICO 1.° —Para mí, ó para usted por ejemplo.

ALDEANO 2.°—¡Ay! Pa usté lo menos cien pesos. 10 cures, la caxa, el responsio... Cien pesos lo menos. Pa un rico...

MÉDICO 1.°—(Aparte.) Este suelta cien duros. (Al aldeano.) Se lo decía porque usted prometió darme lo que le costase el entierro.

ALDEANO 2.°—Si señor, y non me vuelvo atrás. (Maliciosamente.) ¡Buen puñau debió sacar de Pacho, e qun acaba de salir!

MÉDICO 1.°—¡Psh!.. algo. (Aparte.) Cuando este lo dice debió de soltar lo menos... las vente pesetillas.

ALDEANO 2.°—¿Y yo cuanto i tengo que dar hoi

MÉDICO 1.°—Lo dicho, lo del entierro.

ALDEANO 2.°—Vaya por Dios, tenga, señor. (Le da un billete.)

MÈDICO 1.°—(Enfadado.) ¿Qe es estoi ¡25 pesetas!

ALDEANO 2.°—Señor: el caso ye que la mi muyer, que ye muy ahorrativa, pensaba faceme un entierro de un cura solo. (Levantándose y marchando.) Usté gánalo folgado. Adios, señor.

MÈDICO 1.°—Oiga usted. Es usted un sinvergüenza. (Quiere correr tras el aldeano 2.° pero se cruza en puerta con el 3.°, que entra borracho.)

© Biblioteca Nacional de España

ESCENA VI

MÉDICO 1.°—¿Qué trae usted por aquí?

ALDEANO 3.°—Ah, señor. Buen puñau debió de pillar de Pacho y de Antón, y sobre todo de Antón, que, según me dicen, pagoi á usté lo del entierro... lo del cura... y chute con los cures... y viva la República, hermanito... y dispensar si se falta. Lo menos llevó de Antón cien pesos, que i mandaron pa usté los tios, de Chicago, con perdón de usté y seamos bien hablaus, hermanito.

MÉDICO 1.°—Pero, ¿usted á que viene aquí?

ALDEANO 3.°—Pos vengo á ver si usté, que ye tan pajcial me da una receta pa... ¡Contra! No me atrevo.

MÉDICO 1.°—¿Para qué?

ALDEANO 3.°—Pos... pa ver si el mio fio que ye quinto de este año non crez más y non da la talla.

MÉDICO 1.°—Se burla de mí. ¡Váyase!

ALDEANO 3.°—Hermanito: Si me da la melecina pa el auto, non i cobro los cinco pesos que me debe.

MÉDICO 1.°—¡Que le debo! ¿De qué?

ALDEANO 3.°—De pasar ayer por la mi güerta cól caballo y estrozarme el alcacer. La propieda ye propiedá, y non ta bien que lo que uno planta pa la res ó pa lo que venga al caso lo estrocen los que lo ganan folgao. Cinco pesos pa usté non son nada. Como para mí un vaso de uno ú otro, hermanito.

MÉDICO 1.°—Es usted tan insolente como los dos bárbaros que acaban de salir. ¡Fuera de aquí! (Le echa á empellones.)

ESCENA VII

MÉDICO 1.°—¡Qué razón tenía Luis! Estoy entre salvajes, y yo que los creía inocentes y sencillos... Pron-

© Biblioteca Nacional de España

¡o vendrá Luis pero á todo esto me he olvidado de mirar cuanto me dió el primero pelmas. de estos (Desenvolviendo el papel de las monedas,) Deben ser... ¡Cielos! ¿Qué esesto? ¡Una, dos, tres... veintiuna perras gordas! ¡Y para esto le dí cuatro recetas y dos certificaciones!

ESCENA VIII

ALDEANO 1.°—(Desde lo puerta.) ¿Da usté su permiso?

MÈDICO 1.°—(Maquinalmente.) Adelante.

ALDEANO 1.°—(Vergonzoso.) Señor, el caso es que parez que me engañe al dai los cuartos.

MÉDICO 1.°—(Alegrándose.) En efecto. Es posible que usted se haya engañado. Ya me parecía que era usted una persona decente.

ALDEANO 1.°—¿Usté cuntó bien?

MÉDICO 1.°—¿Si contéi Ya vé; sin duda por equivocación me dió usted veintiuna perras gordas.

ALDEANO 1.°—¡Ya lo decío yo! ¡Ya me parecía, porque tuve chando cálculos y... non ye que i la pida, pero ya me parecía que i diera una perrona de más!

(El médico está tan admirado de la poca vergüenza de los aldeanos, que no se mueve de su sitio, entonces entra el aldeano 2.°)

ALDEANO 2.°—Señor, yo vengo decii que ya que no me quiso llevar más que cinco pesos, tengo mandaii á casa un gallo que me mató el raposo. Ye de confianza. Puede comelo en sin reparo.

ALDEANO 3.°—(Entrando.)Si me da la melecina p'al auto tengo pagaila bien. ¿Usté quier arreglase encatorce riales? ¡Mire que non i doy más y catorce riales non son de perder ¡Usté míreselo

© Biblioteca Nacional de España

ESCENA IX

(Entra el médico 2.° que nota la turbación de su amigo y de los aldeanos.)

MÉDICO 2.°—¿Qué tienenes, Paco?

MÉDICO 1.°—No sé, hombre, no sé. Ayúdame. No sé lo que me ocurre.

MÉDICO 2.°—(Refiriéndose á los aldeanos, que tiemblan.) Hombre; ¿tú en tan buena compañía? ¿Qué pasó aquí? (Los dos médicos hablan en voz baja.)

ALDEANO 1.°—(A los otros.) Este ye capaz de prendernos.

ALDEANO 2.°—Probes de nosotros. Ahora voy á tener entierro de treinta cures lo menos.

ALDEANO 3.°—Lo que va pasar ye que don Luis va dai luces, y vamos tener que llamar á otro mérico de los nuevos, que entovía non tan malvaus.

MÉDICO 2.° (A los aldeanos.) ¿Conque no queréis pagar á quien se porta tan bien con vosotros? ¡Bueno! A raposerías veremos quien gana, porque yo ya soy, á fuerza de años, tan del monte como vosotros. ¡Sin vergüenzas! Ahora tú, (á un aldeano,) me debes doble de la cuentecitá aquella ¿eh? Y tú, (á otro,) también. Y tú, (al otro,) tienes que mantener el caballo de este señor, ocho días.

ALDEANO 1.°
ALDEANO 2.° ¡Don Luis!
ALDEANO 3.°

MÉDICO 2.°—Y á callar, que sinó sale lo de tu suegra y lo de las borracheras, y saldrá también lo otro, lo de tu familia, que más vale callarlo

ALDEANO 1.°—(Lloroso) Don Luis, por mí que guarde la perrona.

ALDEANO 2.°—Darei un gallo vivo, señor.

ALDEANO 3.°—(Quiere hablar pero no articula.)

© Biblioteca Nacional de España

MÉDICO 2.°—(Al médico primero.) Y tú, aprende, que á estos hay que tratarles como se merecen. Eres novel.

MÉDICO 1.°—Sí, amigo Luis; pero ya sé lo suficiente para ir viviendo entre ellos, y para permitirme preguntar á estos señores (público) si serían ellos capaces de resistir la buena fe de los aldeanos, y sobre todo su caballerosidad. ¡Buen humorista fué el que inventó la frase: *Cavallería Rusticana!*

© Biblioteca Nacional de España

Un buen libro y algunas consideraciones.

POR LUCAS FERNÁNDEZ NAVARRO

(Catedrático en la Universidad de Madrid.)

ENGO ante mi el tomo XXIV de las Memorias de la R. Academia de Ciencias de Madrid. Contiene un meritísimo trabajo del Ingeniero de Montes, Don Rafael Breñosa, acerca de la *Polarización rotatoria de la luz*. Como entre nosotros cuando se anuncia un buen libro, la imaginación marcha instintivamente hacia el campo de la literatura, mis anteriores palabras serán una sorpresa para la generalidad, y hasta una decepción para muchos.

Y sin embargo, ello es así: El libro de Breñosa es un buen libro en toda la extensión de la palabra. Y como nuestra escasa producción científica aparece más pobre aún de lo que es realmente, por falta de publicidad, pido un lugar en la revista PROMETEO, para señalar la aparición de tan interesante trabajo.

Para dar idea de su alto valor científico, basta saber que todos los fenómenos de la polarización rotatoria y todos los aparatos que para estudiarlos se emplean, están en él expuestos con la mayor precisión y completamente explicados en su difícil teoría. Y su mérito ma-

© Biblioteca Nacional de España

yor consiste, en que para dar cuenta de tan complejos fenómenos no se recurre casi nunca más que á las matemáticas elementales, y sólo en contados casos se pide auxilio al cálculo superior. Hácese así el estudio de la teoría accesible á la masa general de los químicos y naturalistas que han de utilizarla en sus investigaciones, carentes en general de una gran preparación matemática.

Unese á lo anteriormente dicho, la gran extensión y claridad con que á continuación están expuestas todas las importantes aplicaciones científicas é industriales de la polarización rotatoria. Para dar idea justa de esta parte del libro sería preciso copiar íntegro su índice de materias. Séanos permitido únicamente llamar la atención acerca de los capítulos en que se ocupa de la determinación de la sacarosa, operación tan frecuente en las fábricas de azúcar, y de la investigación de la glucosa en la orina de los diabéticos.

Es en suma, el libro de que hablamos, un libro de alto valor científico y un libro esencialmente útil. Su publicación se debe á la Real Academia de Ciencias de Madrid, que muy acertadamente le ha premiado en público concurso. De enhorabuena puede considerarse tanto el autor como la docta corporación que le ha hecho justicia.

Ante este excelente trabajo, de una índole tan poco frecuente entre los libros científicos españoles, háseme venido á la imaginación algunas consideraciones sobre la modesta producción científica de nuestro país. No me parece inoportuno la ocasión de exponerlas, y allá voy á hacerlo todo lo brevemente que pueda. Y conste desde luego que sólo me he de referir aquí á las ciencias matemáticas y naturales, pues soy extraño al movimiento en otras ramas del saber.

Nuestra labor científica adopta para su publicación, casi exclusivamente, dos formas: el libro de texto y la

© Biblioteca Nacional de España

memoria de investigación. De ambos hablaremos en este artículo.

Las memorias en que se exponen los resultados obtenidos en la propia investigación, rara vez llegan al gran público; y esto en todos los paises. Tienen su lugar en las revistas de las sociedades científicas, que sólo son leidas por los especialistas. La reputación que forman no sale del circulo de los técnicos, sino en los contados casos en que alcanzan el valor de los trabajos de un Pasteur ó de un Cajal.

De esta labor modesta y útil, donde toman su base las brillantes síntesis y donde se echan los cimientos de las futuras teorías, hay en España una producción relativamente abundante; si no tanta que podamos compararnos con Alemania por ejemplo, sí la suficiente para asombrar al vulgo ilustrado español que lo ignora. Hay por fortuna entre nuestra joven mentalidad un núcleo de trabajadores é investigadores, más orientados en la escuela sajona que en la latina, en el se pueden fundar grandes esperanzas de regeneración científica á poco que se le ayude.

Los lugares donde esta labor se exterioriza son las revistas científicas y muy especialmente las de las Asociaciones que como la Sociedad española de Física y Química y la R. Sociedad española de Historia Natural por ejemplo, dan hospitalidad en sus columnas á todo trabajo original, sin prevención de escuela ni necesidad de sanción alguna previa. Esta última sociedad, sobre todo, es una hermosa muestra de lo que pueden la fe y la perseverancia aún en un medio tan poco científico como el que nos rodea. Fundada en 1872 por un grupo de entusiastas naturalistas, ha venido desde entonces publicando con toda regularidad, sin auxilio oficial alguno hasta hace un par de años, un voluminoso tomo de trabajos originales, cuenta con cerca de 500 asociados entre españoles y extranjeros, ha reuni-

© Biblioteca Nacional de España

do una biblioteca especial de muchos miles de volúmenes, y cambia actualmente sus publicaciones con unas 150 sociedades análogas de todas las partes del mundo.

De la otra forma de labor científica, del manoseado libro de texto, se ha hablado mucho y no siempre con justicia. Abundan, es cierto, entre esos libros, muchos esperpentos, verdaderos padrones de ignominia para los que los escribieron, que sólo por su publicación debían haber sido privadas de la posición oficial que disfrutaban. Pero es una gran injusticia medir á todos por el mismo rasero y confundir en un general anatema á la totalidad de los autores.

Repárese ante todo en que la inmensa mayoría de nuestros prestigios científicos, los Cajal, los Carricido, los Giner, los Echegaray, los Bolivar, los Antón, los Lázaro, los Azcárate, los Salmerón, los Torroja, los Oloriz, etc., pertenecen al profesorado oficial y han publicado en su mayoría libros de texto. ¡Es que por llamarse así, dejarán de tener valor científico muy grande las obras amparadas por esos nombres!

Se acusa á los libros de estos autores, ya que no se les pueda hincar el diente por otro lado, de que son muy extensos y demasiado *elevados* en general. En esto suelen tener alguna razón los impugnadores, pero hay un motivo para que los libros sean así. En primer lugar, no están hechos para ser un índice, sino más bien una recopilación cuya utilidad vaya algo más allá allá del período de la enseñanza; no para ser *estudiados* tal como aquí suelen entenderse el verbo estudiar (grabar en la memoria con puntos y comas,) sino para ser *consultados* como resumen de una disciplina científica.

Además, y esta es mi opinión, la causa de su carácter elevado, son los únicos lugares en que los profesores españoles pueden hacer trabajo sintético. Estos es-

© Biblioteca Nacional de España

tudios no caben en las revistas, tanto por su extensión como porque en aquellas el lugar está acaparado por los trabajos de investigación para que principalmente fueron creados. Su publicación independiente, dado el escaso público que aquí hay para esas obras, sería perder el valor material de la edición, dispendio que rara vez está al alcance de nnes'ros profesores. No hay más válvula que el libro de texto, cuando una cátedra concurrida le asegura cierta venta.

Figuráos que el autor de «La polarización rotatoria de la luz» no hubiera encontrado la ocasión de publicar su trabajo y que á la vez tuviese un libro de texto de Física. ¿Lo extrañaría á nadie que en la parte de óptica diera alguna mayor extensión que la necesaria al desarrollo de estos fenómenos? aún más. ¿No sería pueril que por miedo de rebasar un cierto número depáginas, dejarán inéditos sus especiales puntos de vista y un trabajo de recopilación útil é interesante?

Claro está que lo mejor es que se ayude á publicar estos trabajos sintéticos que van marcando las etapas porque una ciencia desarrolla su marcha en el progreso indefinido. Estos libros que los españoles tenemos que leer siempre en idiomas extranjeros podrían producirse entre nosotros mismos. Pero como siempre representan una labor y un dispendio sin recompensa material, ni casi de otra índole, el espíritu científico deriva esclusivamente hacia la investigación que sino da honra, no merma al menos el menguado provecho. Y así nuestra producción científica no sólo es modesta, cosa hoy inevitable, sino desigual y desproporcionada; lo cual quizá perdiera en mucho corregirse.

El remedio está en facilitar la publicación de esta índole de estudios, premiando á sus autores, sufragando los gastos de impresión y enriqueciendo con libros y revistas modernas las bibliotecas especiales de Facul-

© Biblioteca Nacional de España

tades, Academias y demás centros de cultura científica.

En otros países más felices, la iniciativa privada llena cumplidamente esta misión. En el nuestro es sabido que el dinero de los particulares no sirve más que para enriquecer institutos piadosos ó á lo más para atender á obras de caridad; nunca para fines espirituales de cultura y utilidad. Es preciso pues, que instituciones de la índole del Ateneo, de las Academias y de las Sociedades científicas multipliquen y perfeccionen esos concursos.

Hasta ahora se ha hecho muy poco, y aunque siempre con el mejor deseo, en muchos casos con mediano acierto. Lo demuestran entre otras cosas la frecuencia con que quedan desiertos semejantes concursos, ya por falta de concurrentes, ya por escasez de mérito en los trabajos. La misma Academia que acaba de premiar la labor de Breñosa incluyó durante muchos años entre sus temas un estudio sobre las aves emigrantes de nuestro país, en el cual se habían de dar á conocer las especies, las épocas y lugares para cada una, sus costumbres, utilidades á que pudieran dar lugar y no sabemos cuantas cosas más. Se comprende á poco que de esto se sepa, que los libros y viajes necesarios para semejante estudio (que no podría ser realizado sino en muchos años y con una sólida preparación) exigirían un dispendio de muchos miles de pesetas. ¿Quién iba á emprender semejante tarea con la perspectiva de un premio de 6.000 reales?

Es pues muy delicada la elección de temas, y aún creo yo que lo mejor fuera no fijarlos; ó por lo menos hacer al lado de los consagrados, otros concursos á que sin señalar asunto determinado se admitiera trabajos científicos de un órden dado de conocimientos á los cuales se dieran premios diversos y de los que no se quitara la propiedad á los autores, condición que á muchos ha de retraer.

© Biblioteca Nacional de España

Seguramente que no es lo que propongo una panacea mediante la cual, nuestra vida científica hoy desmedrada y pobre se trocara de pronto en exuberante y lozana, pero es algo que ayudaría á irnos levantando en este terreno. A la producción de esta índole no le faltan cultivadores aptos en nuestro país; le falta ambiente favorable, vivificador. Crear ese ambiente es obligación de los que por sus medios y por su situación privilegiada pueden hacerlo.

© Biblioteca Nacional de España

Movimiento Intelectual.

ARTISTA EN LA GUERRA

EUGENIO Noel se encuentra:—¡Tonsurado, él, el de las largas melenas!—peleando en la guerra africana. Desde allí nos escribe:

«...Te escribo sobre un armón de artillería. Esta vida adiestra en el arte de sufrir hasta tal punto que los mayores dolores que me esperen serán bien poca cosa ya.

»Mi soledad aumenta. Mi alma entra de lleno en esa región triste y tenebrosa de la que no se sale sino para la muerte. ¿Conoces la «Isla de los muertos de Boo klin»?... Una de esas almas inmóviles en la barca que avanza hacia los cipreses soy yo. Lo ha querido así el destino...»

Hace unos días nos volvió á escribir. La nueva carta terminaba: «...Y si oyes que he muerto, véngame escribiendo que la guerra es digna los hombres».

Esto hecho en esta situación difícil del campo de operaciones, próximo á serse una baja, una de esas bajas que suma en un grupo indistinto ante el general el encargado de notificarlas, ofrece una sensación rara y nihilista de desconsuelo, un desconsuelo sordo y sin exhibición.

© Biblioteca Nacional de España

TEATRO DE ARTE

Alejandro Miquis, pertinaz en su labor de propagandista de un teatro renovador, desaprensivo y recio, prepara una próxima campaña tan árdua, tan esforzada y tan triunfante como la de antaño...

Acaba además de pasar por París... ¡Oh!

Pocos hombres como éste pueden exhibir un tan alto desinterés, dotado de una selección y un antipopulacherismo estilizados, debidos más que nada á su *antidicentismo* de espíritu y de cultura...

Hay en él todas las inquietudes y atalayamientos que pueden esponjar un espíritu moderno, con la última modernidad. A esta, su decisión y su heroicidad, se debe la fé de la caravana que le sigue y que cada vez se engrosa y aspira á más...

Funciones al aire libre, programas con nombres extranjeros del más difícil talento, del mejor, cosas de enjundia liberal y exaltada, sin encaje en los dieciocho mil teatros abiertos en España, más allá todos, del Español y de Novedades, todo, todo por arduo que sea, figura en su verbo de director, que más que su verbo, es su voluntad...

En la primera representación, á últimos de Octubre, estrenará LA UTOPIA «el drama de no tener drama», drama de nuestro compañero de redacción, Ramón Gómez de la Serna, publicado recientemente en estas páginas, y del que ha dicho entre otros críticos, el ilustre Edmundo González-Blanco: «*La Utopia* es un verdadero alarde literario, una pesadilla en que todos los personajes parecen visiones del héroe. Tiene ese drama una originalidad á la moderna que va mucho más allá de Ibsen, al menos tal como yo lo interpreto.

Consigue ser una obra teatral de un solo personaje,

© Biblioteca Nacional de España

pero así, á secas, brutalmente; es un monólogo invertido, y, sin embargo, como se dice de las obras del viejo teatro, «el interés no decae un punto». Ha triunfado, pues, de una de las principales dificultades del drama moderno.»

En el mismo programa que LA UTOPIA figura una cosa de los hermanos Cubas, dos entremeses añejos, y una hermosa y sentimental obra de Emiliano Ramirez-Angel que publicaremos en nuestro número próximo, titulada «El Príncipe sin novia».

COSAS LITERARIAS Y CONMOVEDORAS

(Por falta de espacio no podemos publicar algunas cartas inéditas de soldados y madres dirigidas á nuestra compañera *Colombine*, de un interés rústico y entrañable, y que habíamos titulado así. Tampoco por el mismo motivo podemos publicar la sección de ARTE, que en el próximo número será la alabanza del extraordinario y juvenil pintor Viladrich, ni la de LIBROS, «Abrumada de cosas», y de la que sólo publicamos una página).

© Biblioteca Nacional de España

Política.

POR JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

SILENCIO Y PESIMISMO

UNCA hubo motivo para hablar más, ni nunca hablaremos menos que ahora. Un algo trágico flota en el ambiente, y no podemos ni queremos contribuir á que el chispazo surja, las aguas desborden, la tempestad estalle...

Acuded á nosotros involuntaria y penosamente aquellos conceptos del derecho político de un libro monárquico y templado: «anúncianse las revoluciones por el descontento general que se revela en todas las conversaciones, por la agitación y movimiento de las muchedumbres, por la repetición de las conspiraciones que renacen apenas extinguidas, por la circulación clandestina de folletos y proclamas, por la disgregación del partido dominante y por la audacia de la prensa de oposición... Comienzan las revoluciones políticas por un *hecho ocasional* que suele ser un desacierto administrativo ó una medida imprudente de un Gobierno de fuerza, que subleva los ánimos más por la forma que por el fondo. No hay revolución en que deje de de existir este hecho ocasional, aunque fuera absurdo

© Biblioteca Nacional de España

suponer que es la causa determinante de las revoluciones. Estas causas son unas veces impuras, como el fanatismo, odios y venganzas, y otras veces puras como una desigualdad irritante, la injusticia y el despotismo de los poderes.»

Ledru Rollin añade: «Cuando las conciencias están *excitadas* y el Gobierno es *menospreciado*, un golpe de mano basta para derribarlo.» Y Villiamé: «Cuando un Gobierno está corrompido es pueril preguntar cuando caerá; el fruto maduro cae al más ligero soplo, aunque antes haya resistido los embates de la tempestad.»

Si el cuadro de síntomas de una enfermedad mortal está completo, sólo evitará el funesto desenlace, realizando un milagro, la mano del médico que posea los supremos recursos terapéuticos. En otro caso hay que cerrar los ojos, cruzar los brazos, esperar en silencio...

¿A qué referir los últimos sangrientos sucesos de Melilla y Barcelona? El vaso ha desbordado y deben quedar los comentarios de la batalla del Jemis y el fusilamiento de Ferrer para cuando estos sucesos hayan producido sus últimas consecuencias.

¿A qué repetir que los reaccionarios, ya ciegos, se atreven á todo, y que los liberales, espantados, siguen en su extraña parálisis?

Ni los unos cejan, ni los otros batallan. Responsabilidades por acción á un lado, por omisión al otro.

Cuantos protestan hoy son calificados de impacientes y hambrientos ó de cómplices del anarquismo; en el propio campo nadie ayuda, en el ageno atacan todos.

Aun así consignamos una vez más nuestra protesta y nuestro voto patriótico por que desaparezca sin pérdida de momento esta política ultra-conservadora, no para convencer á nadie, sino para tranquilizar la propia conciencia que nos exige hablar, con la esperanza del remedio, inestinguible en el que profesa noblemente ideales políticos.

© Biblioteca Nacional de España

Recordemos los valientes versos del malogrado Velilla:

¡No te canses de brotar
brota, pensamiento, brota,
que, aunque pequeña, una gota
levanta el nivel del mar!

Y callemos lo demás; aunque los clamores indignados de Europa, idénticos en tono y colorido cuando se dirigían á Muley Hafid que cuando apostrofaban hoy á Maura, y la risa inconsciente de algunos altos personajes, iguales á la que inmortalizó Velázquez en uno de sus cuadros, conviden á escribir sustanciosas *vidas paralelas*.

Ahorremos comentarios en estos momentos de irremediable pesimismo; la quietud curará la propia y la agena calentura, pues todos estamos enfermos. Veamos impasibles la apertura de las Cortes, (¿á qué ocultar que de allí no esperamos el remedio?) si es que se abren, presenciemos el debate de acusación contra el Gobierno, si es que se intenta. Motivos ocultos, que la opión ignora, llevan los sucesos por donde nadie espera; elementos extraños, sin derecho á intervenir en la política, parecen decidirlo todo turquesamente... ¿No son síntomas tristísimos, cuando algunos creen que se avecina una ruda batalla parlamentaria, que candidatos liberales y conservadores vayan amistosamente del brazo en las próximas elecciones provinciales, haciendo pactos á espaldas del sufragio universal? ¿No es desolador para la democracia que aquel bloque invencible nacido con el memorable discusso de Zaragoza, no dé señales de vida?

Aguardemos sólo de lo inesperado. A veces se ven todos arrastrados hacia donde no pensaban ni querían; una imprudencia, un grito, algo ocasional é imprevisto, lo cambia todo de repente en el escenario.

© Biblioteca Nacional de España

Vayamos pues á la función sin esperar nada... pero aguardándolo todo. Dejemos la lógica en casa, desdeñemos la alta filosofía... ¡estamos en España!...

Aquí una operación de Policía inutiliza á 5.000 hombres, y una guerra grande deja indemnes y sin combatir á 200.000. Aquí los liberales legalizan la situación de 200 conventos, y en tiempo de los conservadores se queman 50 iglesias.

¡Aquí nada es posible el 20 de Octubre por la mañana y nada es imposible el 20 de Octubre por la tarde!

© Biblioteca Nacional de España

LIBROS

De mi museo, *por Prudencio Iglesias.*

Suerte es tener el gracejo, y la rebelión que palpitan en la pluma de este joven de la nueva generación, á la que incumbe dar á luz el Mesías. Él en el día de por la elección suprema, con un incierto parecido á la que preparó la transcendencia de José, debe de apostar por allá su varal, por si entre todos florece... Hay en él extraordinarias determinantes...

En «De mi museo» hay una propensión recia con toda entereza, que ve á los hombres fuertes, merovingios y olvida los delicados y traslucidos. A veces leyendo este libro tan sugestivo, hemos pensado en Plutarco biografiando á los Césares y á los temperamentos sin circuncidar.

Alejandro Saw es en su concepción todo lo santo que fué de por vida. Guillermo II, Costa, Borrás, son también capítulos de esta obra que comienza con un sutil capítulo dedicado á Helda Amboury, lleno de galantería y de originalidad.

© Biblioteca Nacional de España

PROMETEO

REVISTA MENSUAL

SOCIAL Y LITERARIA

DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

Redacción y Administración:

Puebla, 11, primero derecha.

HORAS: DE 11 Á 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año.....	12 pesetas.
Seis meses.....	6 —

EXTRANJERO

Un año.....	15 francos.
Seis meses.....	8 —

NÚMERO SUELTO: UNA PESETA

TARIFAS DE ANUNCIOS EN LA ADMINISTRACIÓN

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España